

LO QUE LA BIBLIA DICE SOBRE EL FUTURO

GRAN VERDAD PEQUEÑOS LIBROS®

LO QUE LA BIBLIA DICE SOBRE EL FUTURO

Colin Eakin

With All Wisdom Publications
Cupertino, CA

Lo que la Biblia dice sobre el futuro

Copyright © 2019 Colin Eakin

Publicado por WITH ALL WISDOM PUBLICATIONS

Las solicitudes de información sobre **GRAN VERDAD, pequeños libros®**, pueden enviarse a: Publications@creeksidebiblechurch.com

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-1-952221-22-4

Escrituras tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA),
Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con
permiso. www.NuevaBiblia.com.

Lo que la Biblia dice sobre el futuro es el volumen 16 de la serie
GRAN VERDAD, pequeños libros®.

EDITOR GENERAL: Cliff McManis; EDITOR DE LA SERIE: Derek
Brown; EDITORES ASOCIADOS: J. R. Cuevas, Breanna Paniagua,
Jasmine Patton; CORRECTOR: Sergio González; DISEÑO DE
PORTADA: Oluwasanya Awe; TRADUCCIÓN Y REVISIÓN AL
ESPAÑOL: Hernán Sierra Vindel.

Este trabajo es una publicación de WITH ALL WISDOM
PUBLICATIONS. Ninguna parte de esta publicación puede
reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o
transmitirse de ninguna forma o por ningún medio excepto con el
permiso de la editorial

*Dedicado al Pastor John MacArthur,
Fiel expositor del plan de Dios para el futuro*

«Después de esto miré, y vi una puerta abierta en el cielo. Y la primera voz que yo había oído, como sonido de trompeta que hablaba conmigo, decía: “Sube acá y te mostraré las cosas que deben suceder después de estas”».

Apocalipsis (la revelación de Jesucristo) 4:1

CONTENIDO

	<i>Prefacio de la serie</i>	<i>xi</i>
	<i>Prefacio</i>	<i>xiii</i>
	<i>Introducción</i>	<i>1</i>
1	Antes de que el tiempo existiera.....	13
2	Israel: clave para el futuro	23
3	Daniel mira hacia el futuro	35
4	Señales de los últimos tiempos	47
5	El Rapto	53
6	La Tribulación	63
7	La Segunda Venida de Cristo	79
8	El Reino Milenario	93
9	El Juicio del Gran Trono Blanco	113
10	Cielo Nuevo y Tierra Nueva.....	119
	<i>Notas</i>	<i>135</i>

PREFACIO DE LA SERIE

Nuestra misión con la serie *Gran Verdad pequeños libros*[®] es proveer literatura edificante y accesible para lectores cristianos en todos los caminos de la vida. Entendemos que a menudo es difícil encontrar tiempo para leer buenos libros; pero entendemos también que leer es un medio valioso para el crecimiento espiritual. ¿La respuesta? Pon algunas grandes verdades en algunos pequeños libros. Estos libros pueden ser pequeños, pero cada uno está lleno de la Palabra, reflexión teológica y una perspectiva pastoral. Nuestra esperanza es que cristianos de todas las edades se beneficien de estos libros a medida crecen en su conocimiento de Cristo a través de Su Palabra.

Cliff McManis, editor general
Derek Brown, editor de serie

PREFACIO

Durante varios años, he tenido el privilegio y el placer de colaborar con el pastor Derek Brown en la enseñanza del grupo estudiantil de Stanford, Grace Campus Ministries. El tema del año pasado (2018-2019) fue «Doctrina Cristiana», que culminó en un estudio de dos semanas sobre la escatología bíblica, es decir, lo que la Biblia dice sobre el futuro. Gracias a la entusiasta respuesta de los estudiantes, surgió la idea de resumir el material en un formato que encajara con la serie de *GRAN VERDAD pequeños libros* de With All Wisdom Publications, ofreciendo una visión general concisa de lo que la Biblia dice sobre el futuro para una mayor difusión.

La doctrina del futuro de este mundo no es opcional o trivial para los cristianos, ni es una doctrina en la que cualquiera de las teorías posibles sea suficiente. Pero, ¿cómo saber cuál esquema interpretativo es el correcto? ¿Cómo puede uno estar seguro de lo que la Biblia realmente dice acerca del futuro y de cómo terminará este mundo?

Aquí encuentro una historia muy útil que el pastor John MacArthur cuenta en su ministerio de enseñanza. Poco después de la desintegración de la Unión Soviética, el pastor MacArthur acordó volar treinta horas a Kazajistán para enseñar en una Conferencia de una semana con 1,600 pastores. Llegando el final de la semana, le preguntaron:

«¿Cuándo vas a llegar a la “parte buena”?».

«¿Cuál es la “parte buena”?», preguntó él.

«Queremos saber qué pasará al final», respondieron.

Estos hombres habían estado pastoreando congregaciones sometidas a duras condiciones y persecución durante muchos años. Sus vidas y las vidas de aquellos a quienes ministraban estaban desprovistas de los muchos placeres mundanos que proporcionan la riqueza y la libertad. Estos hombres querían saber qué les deparaba el futuro, dónde estaban puestas sus esperanzas. Querían saber sobre el fin de este mundo y la gloria del próximo.

Así que MacArthur tomó ese viernes, y durante ocho horas cubrió tantos puntos de escatología bíblica como pudo, sin saber qué perspectiva tenían ellos. Cuando terminó, los líderes se sentaron con él y le dijeron:

«Tú crees exactamente lo que nosotros».

Estaba asombrado. «¿Están bromeando?», se maravilló. «¿Quieren decir que creen todo exactamente de la manera que les acabo de enseñar?».

«Sí», afirmaron ellos. «Eso es exactamente lo que creemos».

MacArthur sostiene que la razón de esta alineación escatológica es porque todos estaban leyendo la misma Biblia. En otras palabras, uno tiene que estar expuesto a influencias externas para desaprender lo que las Escrituras enseñan claramente sobre la doctrina del futuro. Estos pastores no habían sido sometidos a las propuestas revisionistas de seminarios errados, comentarios equivocados y otras fuentes de error, diseñadas para poner en tela de juicio la claridad de las Escrituras. Todo lo que tenían era la Biblia, y la creyeron tal como estaba claramente escrita.

Esa es la tarea de todos nosotros: creer lo que la Biblia dice, simple y claramente. En las páginas que siguen, el desafío es permitir que la Palabra de Dios hable por sí misma. Deja que las palabras y frases signifiquen exactamente lo que parecen estar diciendo. Al hacerlo, tú también entenderás el futuro como Dios lo desea. *Para la gloria de Dios por los siglos.*

COLIN EAKIN
Creekside Bible Church
julio de 2019

INTRODUCCIÓN

«¿Acaso dirá la Biblia algo sobre el futuro?».

¿Alguna vez se te ha cruzado por la mente ese pensamiento? La Biblia verdaderamente dice *mucho* sobre el futuro. De hecho, la Biblia es la guía definitiva sobre el propósito de este mundo y hacia dónde se dirige. La Biblia es más confiable en lo que dice sobre el futuro que lo que un libro de historia podría contarte sobre el pasado o lo que un periódico (o sitio web) podría decirte sobre el presente. ¿Cómo es eso posible? Porque este es el mundo de Dios, y la Biblia es la Palabra de Dios. Así que, si queremos conocer el propósito y el final de Su mundo, debemos saber lo que Él ha dicho al respecto en Su Palabra.

Dios escribió Su Palabra como la historia de Su creación, con un principio, un desarrollo y un final. Por lo tanto, la historia bíblica de este mundo registra su pasado, describe su presente y habla de su futuro. Y a lo largo de esta historia, en cada curva y esquina, hay un tema singular y general: *la gloria de Dios*. Todo lo que Dios escribió en Su Palabra tiene la intención de retratar y ensalzar Su gloria. En Isaías 40:5, el profeta escribió lo

que Dios ha determinado: **«[...] será revelada la gloria del SEÑOR»**. El propósito de la creación es revelar y magnificar la gloria de Dios.

¿Qué es la gloria de Dios? Es la suma completa de todas Sus cualidades, fusionadas en un brillo magnífico. La gloria de Dios incluye Su santidad, amor, paz y gozo, así como Su paciencia, gracia, misericordia y perdón. Incluso incluye Su ira contra el pecado y Su determinación de juzgar todas las malas acciones. La Biblia declara que Dios creó el mundo para mostrar Su gloria, a fin de que toda Su creación lo glorifique (Sal. 50:15; Is. 48:11).

Una característica particular de la gloria de Dios es Su soberanía. Esto significa que Dios controla cada detalle de Su creación. Efesios 1:11 dice que Dios **«obra todas las cosas conforme al consejo de Su voluntad»**. La frase clave es **«todas las cosas»**. Nada está fuera de la atención y el control de Dios, en todo momento y en todo lugar. Isaías 46:10 dice que Dios puede declarar **«el fin desde el principio, y desde la antigüedad lo que no ha sido hecho. Yo digo: “Mi propósito será establecido, y todo lo que quiero realizaré”»**. Este último versículo muestra que Dios no solo es soberano, sino también providencial. La providencia es soberanía con un plan, y Dios supervisa providencialmente todas las cosas hasta su fin divinamente designado (Sal. 115:3).

Esta última idea —el fin planeado por Dios para todas las cosas dentro de Su creación— es el tema de este libro. El estudio del futuro se conoce como

escatología, y es nuestra tarea estudiar lo que Dios ha dicho al respecto. Debido a una creencia injustificada de que los asuntos de escatología son oscuros, divisivos o sin importancia, muchas iglesias no dan ninguna enseñanza sistemática sobre el tema. Cuando no se consideran estrictamente *prohibidos*, los asuntos de escatología a menudo se tratan sin ninguna precisión o confianza bíblica, y generalmente se relegan a un entendimiento vago y rara vez expresado de que Jesús de alguna manera, de alguna forma, regresará para arreglar el mundo. ¿Qué hay de todas las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento que describen con gran detalle el plan de Dios de cómo terminará el mundo y qué es lo que traerá el futuro eterno? Generalmente se descartan como alegorías ininteligibles y, por lo tanto, se consideran polémicas y sin importancia.

Pero esa no es la forma en que Dios quiere que Sus seguidores traten Su Palabra. Jesús citó Deuteronomio 8:3 cuando proclamó: **«No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»** (Mt. 4:4; énfasis añadido), y eso incluye Sus declaraciones proféticas. Hebreos categoriza los asuntos de la **«resurrección de los muertos»** y el **«juicio eterno»** como **«enseñanzas elementales»** (He. 6:2). Pablo estaba de acuerdo. Aunque solo estuvo en Tesalónica por un período muy corto, él enseñó a la iglesia de allí tanta escatología que la consideró completamente instruida tanto en la venida del Anticristo (2 Ts. 2:5) como en la posterior Segunda Venida de Cristo (1 Ts. 5:1-2). Y Apocalipsis, que

describe el futuro con más detalle que cualquier otro libro, es el único libro de la Biblia que comienza y termina con una bendición para todos los que lo leen y entienden (1:3; 22:7). Dios escribió Su Palabra para que pudiera ser comprendida y así edificar a sus lectores, y eso incluye todo lo que Él ha escrito sobre el futuro.

¿Por qué estudiar el futuro?

Esta es, pues, la primera de cinco razones bíblicas¹ por las que Dios instruye a los lectores de Su Palabra a estudiar y entender Sus profecías: para que tal entendimiento pueda *bendecir* a aquellos que buscan saber lo que Dios dice que sucederá. Una segunda razón para estudiar lo que Él ha dicho acerca del futuro es que podría traer *arrepentimiento*, un criterio vital para la salvación. Pablo dijo a los atenienses en el Areópago:

Por tanto, habiendo pasado por alto los tiempos de ignorancia, Dios declara ahora a todos los hombres, en todas partes, que se *arrepientan*. Porque Él ha establecido un día en el cual juzgará al mundo en justicia, por medio de un Hombre a quien Él ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres cuando lo resucitó de entre los muertos (Hch. 17:30-31; énfasis añadido).

El conocimiento de que Jesucristo regresará como el juez justo del mundo tiene el propósito de generar

arrepentimiento entre todos los iluminados a esta realidad.

Una tercera razón para leer y entender los textos proféticos de las Escrituras es la *pureza* que tal esfuerzo trae. Juan escribió:

Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Cristo se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos como Él es. Y todo el que tiene esta esperanza puesta en Él, *se purifica*, así como Él es puro (1 Jn. 3:2-3; énfasis añadido).

Jesús ofreció una visión similar cuando instruyó a Sus apóstoles: **«Pero entiendan esto: si el dueño de la casa hubiera sabido a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, hubiera estado alerta y no hubiera permitido que entrara en su casa»** (Mt. 24:43). Lo que Jesús y Juan están diciendo es axiomático: si sabes que Cristo podría regresar en cualquier momento, es más probable que te esfuerces por la pureza en las actividades de tu vida.

En cuarto lugar, la comprensión de la profecía bíblica trae *consuelo y tranquilidad*. En 1 Tesalonicenses 4:16-17, Pablo revela el plan de Dios para el rapto de la Iglesia:

Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo se levantarán primero. Entonces nosotros, los

que estemos vivos y que permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos con el Señor siempre.

¿Y cuál es su objetivo al revelar este misterio? Versículo 18: **«Por tanto, confórtense unos a otros con estas palabras»**. Pablo quiere que los creyentes conozcan el futuro para que puedan animar y tranquilizar a sus hermanos en la fe respecto a lo que sucederá pronto.

La quinta razón para estudiar y entender la profecía bíblica es *simplemente porque Dios escribió acerca de ella*. Los escritos de Dios nunca son triviales o superfluos (Pr. 30:5; 2 Ti. 3:16). Si a Dios le importa incluir un final a Su historia, debería importarle a Sus seguidores comprender ese final. De hecho, Jesús enseña que el mundo tendrá que rendir cuentas por todo lo que Él ha escrito en Su Palabra (Lc. 16:29; Jn. 12:48), y esto incluye Su revelación sobre el futuro.

Cómo estudiar el futuro

Una vez establecido *por qué* los cristianos deben estudiar lo que Dios dice sobre el futuro, la siguiente pregunta lógica es: *¿cómo hacerlo?* ¿Cómo se asimilan todos los textos proféticos del Antiguo y Nuevo Testamento de manera inteligible y segura? Respuesta: *literalmente*. Generalmente, los lectores de la profecía deben procesar dicha información tal como lo hacen con otras

porciones de las Escrituras, anticipando que la información se presenta de una manera directa e indicativa y está sujeta a una *hermenéutica* o interpretación de «significado claro».

¿Cómo sabemos que una hermenéutica literal es una forma válida de estudiar la profecía bíblica? *Mirando a la Biblia*. ¿Sabías que muchas profecías bíblicas se cumplieron dentro del marco de sus eventos? En otras palabras, tanto la profecía como su cumplimiento están registrados dentro del curso de tiempo de las Escrituras², sobre todo en torno a la promesa del Mesías. Estos son ejemplos extraordinariamente valiosos, porque proporcionan la validación crítica de una hermenéutica literal para la interpretación de la profecía bíblica.

Específicamente, hay aproximadamente 333 profecías en las Escrituras sobre la venida del Mesías, de las cuales aproximadamente 111 se cumplieron *literalmente* en Su primera venida³. Estas incluyen predicciones bien conocidas como que Él nacería en Belén (Mi. 5:2), de la tribu de Judá (Gn. 49:10), de una virgen, y que sería llamado «Emmanuel» (Is. 7:14). Las profecías declaran además que el Mesías sería rechazado por Su pueblo (Is. 53:3) y traicionado por Su amigo (Sal. 41:9), que moriría en una cruz (Nm. 21:9; Jn. 3:14) y que posteriormente resucitaría (Sal. 16:10). Los cristianos se regocijan por el cumplimiento literal de estas y otras profecías con respecto a la primera venida de Cristo. Por lo tanto, estas profecías corroboradas representan un marco autenticado para la interpretación

literal de las muchas profecías aún no cumplidas con respecto a la segunda venida de Cristo. Interpretar literalmente las profecías de la primera venida de Cristo y luego insistir en una hermenéutica diferente para las profecías de su segunda venida es ilegítimo.

¿Qué hay de la interpretación de los pasajes escatológicos dentro de la Biblia misma? ¿Proporcionan las Escrituras algún ejemplo en el que las personas de la Biblia usaran una hermenéutica literal para la interpretación profética? De hecho, así es, y de un hombre de Dios particularmente devoto y aprobado (Ez. 14:14; 28:3; Dn. 9:23). Es el año 538 a. C. El pueblo de Judá, lo que quedaba del pueblo escogido de Dios, había sido exiliado de su tierra al cautiverio en Babilonia en tres deportaciones, comenzando alrededor del año 605 a. C. y culminando en el 586 a. C. Todo esto fue predicho por el profeta Jeremías, quien escribió:

Pues así dice el SEÑOR: “Cuando se le hayan cumplido a Babilonia setenta años, Yo los visitaré y cumpliré Mi buena palabra de hacerlos volver a este lugar (Jr. 29:10).

El profeta Daniel, que entonces era un joven, fue uno de los llevados cautivos a Babilonia en la primera deportación. Sin embargo, a través del empoderamiento y la bendición de Dios, ascendió hasta convertirse en el gobernador de todo el reino de Babilonia. Y cuando los medo-persas conquistaron a los babilonios en el año 539 a. C., Daniel mantuvo su posición a través de su

sabiduría y competencia divinamente concedidas. Pero incluso en su posición de autoridad, Daniel nunca perdió el deseo de ver a su pueblo, los judíos, regresar a su Tierra Prometida. Y así fue como, al final de su vida, Daniel recordó las profecías de Jeremías respecto al cautiverio venidero de su pueblo, y cuándo terminaría su exilio. Al contemplar esta fecha inminente, Daniel dijo:

Yo, Daniel, pude entender en los libros el número de los años en que, por palabra del SEÑOR que fue revelada al profeta Jeremías, debían cumplirse las desolaciones de Jerusalén: setenta años. (Dn. 9:2)

En otras palabras, Daniel interpretó la profecía bíblica de una manera literal. Él leyó donde Jeremías escribió «setenta años» y creyó que significaba «setenta años». *Setenta años literales*. Daniel no trató de espiritualizar o alegorizar el texto. No asumió que «setenta años» representaba algún concepto abstracto sujeto a múltiples interpretaciones. Interpretó que «setenta años» significaba precisamente lo que esperaríamos que signifique. Y de hecho, la profecía se cumplió exactamente como fue escrita. Setenta años después del cautiverio de Judá en Babilonia, Ciro, el rey de Persia, decretó que los israelitas podían regresar a su tierra (Esd. 1:1-4). Al igual que con todas sus profecías, lo que Dios escribió a través de la mano de Jeremías se cumplió exactamente como se predijo. Aquí, entonces,

hay otro precedente para la interpretación literal de los textos proféticos.

Sorprendentemente, la Biblia incluso da un ejemplo en el que el fracaso en interpretar la profecía de una manera literal trajo una catástrofe. Tras la conquista de Jericó (c. 1400 a. C.), Josué, el líder del pueblo de Israel, pronunció un juramento profético sobre sus ruinas, diciendo: **«Maldito sea delante del SEÑOR el hombre que se levante y reedifique esta ciudad de Jericó»**. Luego especifica el castigo que sobrevendrá: **«Con la pérdida de su primogénito echará su cimiento, y con la pérdida de su hijo menor colocará sus puertas»** (Jos. 6:26). Esa profecía sobre la desolación de Jericó permaneció durante quinientos años, hasta el reinado del malvado rey Acab (c. 875-853 a. C.), cuando Hiel de Betel se dispuso a hacer lo que Josué había dicho que no debía hacerse. El texto no dice si Hiel no estaba al tanto de la maldición histórica de Josué o si simplemente no le preocupaba, todo lo que sabemos es que no lo disuadió de su tarea. Lamentablemente, el esfuerzo de Hiel en el renacimiento urbano de Jericó tuvo un enorme costo personal: perdió a su hijo mayor, Abiram, cuando colocó los nuevos cimientos para Jericó, y luego perdió a su hijo menor, Segub, cuando colocó sus puertas (1 Re. 16:34). La profecía se cumplió *literalmente*, en perfecto acuerdo con lo que Josué había declarado bajo la inspiración del Espíritu Santo. ¿La lección? El uso de una hermenéutica literal para la interpretación escatológica no solo bendecirá a su lector, sino que el no manejar tales porciones de las Escrituras de esta manera puede traer un desastre personal y una tragedia desgarradora.

Así que ese es el *porqué* y el *cómo* de la interpretación profética. Con esto establecido, ahora podemos embarcarnos en un viaje hacia lo que la Biblia dice acerca del futuro. Pero antes de mirar hacia adelante a lo que nos depara el futuro, debemos mirar hacia atrás en el tiempo, *al tiempo antes de que existiera el tiempo*, para ver hacia dónde se dirigen las cosas.

1

ANTES DE QUE EL TIEMPO EXISTIERA

Cuando miramos hacia el futuro tal como Dios lo ha escrito, necesariamente nos encontramos con un concepto fundamental: *el tiempo*. Antes de que Dios lo creara, el tiempo no existía. Antes de esto, Dios existía eternamente en el pasado como la Trinidad, compuesta por el Padre, el Hijo (Jesús) y el Espíritu Santo. Puesto que Dios es el Creador del tiempo, Él existe por encima de él y más allá de sus límites. Debido a que Dios trasciende y gobierna el tiempo y todo lo que ocurre dentro de él, sus declaraciones acerca del tiempo son seguras. En otras palabras, cuando Dios dice que algo ocurrió en el pasado o sucederá en el futuro, es un hecho.

La primera referencia de Dios al tiempo en su Palabra aparece en su primera frase, Génesis 1:1: **«En el principio Dios creó los cielos y la tierra»**. Fue entonces cuando el reloj universal comenzó a funcionar, en el momento de la creación. Pero esta *no* es la primera

revelación que tenemos sobre este mundo y el propósito de Dios para él. La Biblia realmente revela los pensamientos y experiencias de Dios *antes de la fundación del mundo*, y aquí es donde debemos ir para comprender Su diseño para el futuro, un diseño que se centra en *una persona, un plan, una prerrogativa y una proclamación*.

Para conocer a la *persona* en torno a la cual se orienta toda la historia, y especialmente en lo que respecta al plan de Dios para el futuro, examinaremos el Evangelio de Juan, capítulo 17. Aquí, esta Persona central (Dios Hijo, Jesucristo) revela Su relación con Dios el Padre como en ninguna otra parte de las Escrituras, una relación que se centra en Su gloria compartida. Como se presenta en la Introducción, la revelación de la gloria de Dios es el tema de toda la Escritura. Y en el versículo 5, Jesús hace una petición interesante a Su Padre con respecto a esa gloria divina, al orar: **«Y ahora, glorifícame Tú, Padre, junto a Ti, con la gloria que tenía contigo antes que el mundo existiera»**. Jesús está diciendo que en el pasado eterno Él disfrutó de una existencia gloriosa con Su Padre, una que ahora deseaba que se mostrara plenamente. Luego, en el versículo 24, Jesús continuó:

Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde Yo estoy, para que vean Mi gloria, la gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo.

¿Cuál es esta gloria que le fue dada a Dios Hijo por Dios Padre antes de la fundación del mundo, una gloria que Jesús desea que sea plenamente exhibida? ¿Y quiénes son los que el Padre le da al Hijo? La Biblia revela que la gloria que Dios Padre está otorgando a Su Hijo se centra en un reino, dado al Hijo por el Padre. El profeta Daniel lo describe de la siguiente manera:

Seguí mirando en las visiones nocturnas, y en las nubes del cielo venía uno como un Hijo de Hombre [es decir, Dios Hijo, Jesucristo],¹ que se dirigió al Anciano de Días [i. e. Dios Padre] y fue presentado ante Él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es un dominio eterno que nunca pasará, y Su reino uno que no será destruido. (7:13-14)

En otras palabras, antes de la fundación del mundo, Dios el Padre planeó darle a Su Hijo un reino, cuyos ciudadanos serían una muestra representativa de todos los pueblos, naciones y lenguas, por siempre maravillándose de la gloria del Hijo y adorándolo por ella. Este reino venidero, entonces, es hacia donde apunta todo con respecto al futuro. Si alguna vez te confundes en tu estudio de la escatología, puedes reorientarte recordando esta verdad fundamental: todas las cosas se dirigen hacia el reino que Dios el Padre ha determinado dar a Su Hijo, Jesucristo.

¿Y qué hay de la composición del reino? ¿Quiénes serán sus ciudadanos, a quienes Jesús describe como los dados al Hijo por el Padre, y cómo llegan a ser aptos para ello? Para responder a esto, regresemos a Juan 17 y veamos el *plan* de Dios Padre para entregar este reino a Su Hijo. El capítulo comienza con la declaración de Cristo a Su Padre de que **«la hora ha llegado»** (v. 17:1b; cfr. 12:23). ¿Qué hora? Obtenemos una pista de 1 Pedro 1:20, donde dice de Cristo: **«Él estaba preparado desde antes de la fundación del mundo, pero se ha manifestado en estos últimos tiempos por amor a ustedes** [los creyentes]» (énfasis añadido). ¿Preparado para qué? Los versículos 18-19 dan la respuesta, cuando dice de estos creyentes:

[...] Ustedes saben que no fueron redimidos de su vana manera de vivir heredada de sus padres con cosas perecederas como oro o plata, sino con sangre preciosa, como de un cordero sin tacha y sin mancha.

Lo que Pedro está diciendo es que antes de la fundación del mundo, Dios el Padre planeó enviar a Su Hijo, Jesucristo, como el perfecto Cordero de Dios que rescataría a los pecadores de su pecado. Esto es a lo que Hebreos 13:20 se refiere como el «pacto eterno» entre Dios el Padre y Su Hijo. La implicación de esta alianza del pasado eterno es profunda: el pecado y su única expiación suficiente mediante el derramamiento de sangre (Lv. 17:11; He. 9:22) fueron ambos anticipados

antes de la fundación del mundo. En otras palabras, ¡el plan de Dios de que Cristo moriría por los pecadores fue establecido antes de que existiera cualquier pecador! Es por esta razón que el apóstol Pablo escribe:

Él [Dios] nos ha salvado y nos ha llamado con un llamamiento santo, no según nuestras obras, sino según Su propósito y según la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús *desde la eternidad*. (2 Ti. 1:9; énfasis añadido)

Dios Padre, por tanto, determinó antes de la fundación del mundo que Él salvaría a pecadores y los llamaría por Su propia gracia y para Su propio propósito. Este propósito, sabemos ahora, es que aquellos que son redimidos por Cristo lo adoren para siempre en Su reino por Su sacrificio al sufrir el justo castigo por el pecado en su lugar (Lm. 3:1; Ap. 5:9-11). La hora de la que Jesús habló en Juan 17:1 fue la hora que Dios Padre había determinado antes de la fundación del mundo que sería el pináculo de toda la historia, cuando Su Hijo soportaría la ira del Padre en juicio contra todo pecado de todos los que alguna vez se arrepentirían y creerían en el sacrificio sustitutivo del Hijo, y así satisfaría la condición divina para la expiación (cfr. Is 54:4-6; 9-11; 1 Jn. 2:2; 4:10). Las Escrituras dicen que esta es la forma más elevada que el amor alguna vez ha tomado (Jn. 15:13; Ro. 5:6, 8-10), y puesto que el amor es preeminente entre las santas virtudes de Dios (1 Co. 13:13), el sufrimiento de Cristo en obediencia a la voluntad de Su

Padre es el acto más glorioso de todos los tiempos. Sabiendo que todo esto era inminente, el deseo de Jesús en la Última Cena, antes de Su crucifixión, era que el Padre participara de la gloria que estaba a punto de manifestar, por lo que expresó:

Entonces, cuando salió, Jesús dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en Él. Si Dios es glorificado en Él, Dios también lo glorificará en Él mismo, y lo glorificará enseguida». (Jn. 13:31-32)

Hay algo más que enfatizar acerca de aquellos que dan tributo a Cristo por Su gloria en Su reino venidero: todos y cada uno de los ciudadanos del reino fueron escogidos por Dios el Padre individualmente y por nombre en la eternidad pasada (Jn. 6:37, 44; 1 Co. 1:26-31). Observa cómo Pablo revela esta verdad en su segunda carta a los Tesalonicenses:

Pero nosotros siempre tenemos que dar gracias a Dios por ustedes, hermanos amados por el Señor, *porque Dios los ha escogido desde el principio para salvación* mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad. Fue para esto que Él los llamó mediante nuestro evangelio, para que alcancen la gloria de nuestro Señor Jesucristo. (2 Ts. 2:13-14; énfasis añadido)

A los Efesios, Pablo les explica que Dios el Padre:

[...] *nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo*, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él. En amor nos predestinó para adopción como hijos para Sí mediante Jesucristo, *conforme a la buena intención de Su voluntad*, para alabanza de la gloria de Su gracia que gratuitamente ha impartido sobre nosotros en el Amado. (1:4-6; énfasis añadido)

En otras palabras, Dios escogió a una porción de la humanidad antes de la fundación del mundo, los elegidos de Dios, para ser salvados de su pecado por Su Hijo, todo de acuerdo con Su propio propósito y plan para que Su Hijo pudiera ser glorificado eternamente. Pablo afirma que todo su ministerio es: **«[...] por amor a los *escogidos*, para que también ellos obtengan la salvación que está en Cristo Jesús, y con ella gloria eterna»** (2 Tí. 2:10; énfasis añadido).

Esta es una revelación asombrosa: cada persona que viene a Cristo fue elegida por el Padre antes de que creara el mundo (Jn. 6:37, 44, 65). En otras palabras, los futuros participantes del reino fueron determinados por la *prerrogativa* de Dios antes de la fundación del mundo. Fueron seleccionados individualmente y sus nombres fueron anotados en el Libro de la Vida del Cordero antes de que alguno de ellos siquiera existiera (Ap. 13:8; 17:8), todo con el propósito de exaltar la gloria del Hijo para siempre. ¿Te suena injusto que Dios escogiera a unos y no a otros para el reino que planeaba darle a Su Hijo? Eso es comprensible, porque es una inclinación

humana que surge de una mente humana. Pero debes recordar que la mente humana ha sido corrompida por el pecado, y no se puede confiar en que sepa lo que es verdaderamente justo o correcto en este mundo (Ef. 4:17-18; Tit. 1:15). Antes de ser regenerada por Cristo, la mente humana es incapaz de comprender la verdadera justicia de Dios (Ro. 8:7-8). No solo eso, los acontecimientos de este mundo no están organizados en torno a lo que los humanos piensan que es correcto o mejor, sino en torno a lo que Dios ha determinado que representará Su gloria de la manera más magnífica. Fíjate nuevamente en el razonamiento de Dios para Su elección soberana de los pecadores: que sean **«para alabanza de la gloria de Su gracia [...]»** (Ef. 1:6; énfasis añadido). La salvación de los pecadores, como con todas las cosas, está diseñada en última instancia para realzar la gloria de Dios.

¿Cómo se iba a saber todo esto? ¿Cómo iban alguna vez a entender los seres humanos el plan soberano y eterno de Dios, que exigía el arrepentimiento del pecado y la fe en el sacrificio del Señor para salvar? Aquí llegamos a la *proclamación* de Dios, la Palabra de Dios, también conocida de antemano antes del comienzo de los tiempos. Pablo escribe a la iglesia en Corinto: **«[...] hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que, desde antes de los siglos, Dios predestinó para nuestra gloria»** (1 Co. 2:7; énfasis añadido). ¿Qué es esta **«sabiduría en misterio y oculta»** que Dios planeó antes de hacer el mundo? Su *santa Palabra*, y en particular, el *Evangelio*, **«el poder de**

Dios para la salvación de todo el que cree»

(Ro. 1:16). Pablo declara que:

[...] de este evangelio llegué a ser servidor. Este fue el regalo que Dios me dio por su gracia [...] y de hacer entender a todos *el plan divino, el misterio que desde los tiempos eternos se mantuvo oculto en Dios*, creador de todas las cosas. El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales. (Ef. 3:7, 9-10; NVI; énfasis añadido)

Pablo está diciendo que el plan de Dios para el propósito y el futuro del mundo no solo era conocido por Él, sino que en realidad estaba establecido en Su Palabra antes de la existencia del tiempo. Y es a esta Palabra, y solo a esta Palabra, a la que debemos dirigirnos si queremos entender el futuro que Dios ha planeado para el mundo.

¿Qué hemos aprendido en este capítulo? El Dios Trino experimentó una gloria trinitaria entre Sus Personas desde la eternidad pasada. A partir de esta gloriosa existencia, Dios Padre determinó, antes de la fundación del mundo, glorificar a Su Hijo dándole un reino, compuesto por una amplia muestra representativa de pecadores redimidos. Por Su propia prerrogativa, escogió a estos pecadores individualmente con el propósito de glorificar a Su Hijo, quien pagaría el precio de su expiación y así los rescataría de su merecida condenación. Como hemos visto, la Biblia deja claro

que todo esto estaba sucediendo dentro de la mente de Dios antes de que comenzara el tiempo, antes de la fundación del mundo, antes de que ocurriera cualquier creación.

Un reino para Cristo viene en el futuro, planeado desde la eternidad pasada y compuesto por individuos elegidos por Dios, todo para la alabanza de Su gloria. Pero, ¿cómo se va a producir esto? ¿Quién es este «pueblo escogido»? ¿Y cómo se ha de manifestar este reino? Responderemos a estas preguntas en el próximo capítulo.

ISRAEL: CLAVE PARA EL FUTURO

Los lectores de la Biblia pronto encontrarán un término que está presente en todas las Escrituras: *Israel*. Dios declara que Él es «el Rey de **Israel** y su Redentor» (Is. 44:6). Dice de Israel: «Yo te he formado; siervo Mío eres. **Israel**, no me olvidaré de ti» (44:21). Además, dice de Israel que Él ha «disipado como una nube tus transgresiones, y como espesa niebla tus pecados», y que los cielos y la tierra deben regocijarse. ¿Por qué? «Porque el SEÑOR ha redimido a Jacob y ha mostrado Su gloria en **Israel**» (44:22-23). Finalmente, Dios ha prometido: «Yo acerco Mi justicia, no está lejos; y Mi salvación no tardará. Pondré salvación en Sión, y para **Israel** será Mi gloria» (46:13).

Claramente, Israel es muy importante para Dios. Los pasajes anteriores muestran que Israel fue formado por Dios, ha sido redimido por Dios, no será olvidado por Dios y, en última instancia, glorificará a Dios. El propósito de Dios para Israel domina la narrativa del

Antiguo Testamento y culmina en el Nuevo Testamento. Entonces, ¿a quién o a qué se refiere este término *Israel*? Debido a una resistencia generalizada y profundamente arraigada a la interpretación literal de las Escrituras, muchos suponen que cuando Dios habla de Israel, se refiere a algo más que al pueblo étnico de ascendencia judía. Un punto de vista popular sostiene que el «Israel» étnico ha sido reemplazado por «la Iglesia». Así que la Iglesia es llamada el «Nuevo Israel» y por lo tanto suplanta a los judíos del Antiguo Testamento y las promesas hechas a ellos, debido a su rechazo nacional del Mesías. Esta visión aberrante de Israel y de la Iglesia se llama *teología del reemplazo*, en el sentido de que algún otro grupo «reemplaza» al Israel étnico cuando la Biblia se refiere a «Israel».

La única manera de llegar a esta conclusión es eliminar las reglas normales de la interpretación bíblica. Inevitablemente, aquellos que pretenden sustituir a algún grupo que no sea el Israel étnico cuando la Biblia dice «Israel» deben espiritualizar o alegorizar el texto lejos de su intención literal. Bajo qué licencia bíblica se hace esto, no queda claro, pues no se encontrará ninguna autorización textual para interpretar a «Israel» como cualquier otra entidad que no sea la raza de los descendientes judíos. Dicho de otra manera, cada vez que la Biblia hace referencia a Israel, siempre y únicamente se refiere a ese pueblo conocido como los judíos, étnicamente descendientes de Abraham, Isaac y Jacob (más tarde Israel).

¿Por qué es tan importante aclarar esto? Porque la base para entender el fin de los tiempos radica en entender las promesas del pacto de Dios a Su pueblo escogido, Israel. En otras palabras, *la piedra angular de toda escatología es Israel*. Solo con un entendimiento apropiado del propósito y plan de Dios para Israel, uno tiene el fundamento para entender todas las profecías futuras en la Palabra de Dios. Aquí, MacArthur presenta una progresión útil para ayudar a nuestra comprensión:

- 1) Tendrás una escatología correcta cuando comprendas correctamente a Israel;
- 2) Comprenderás correctamente a Israel cuando comprendas correctamente los pactos del Antiguo Testamento;
- 3) Comprenderás correctamente los pactos del Antiguo Testamento cuando comprendas correctamente la interpretación de las Escrituras; y
- 4) Comprenderás correctamente la interpretación de las Escrituras cuando seas fiel a sus reglas válidas de interpretación, lo que significa aceptar el significado claro de las Escrituras tal como las lees.

De acuerdo con esa interpretación literal, ¿cuáles son las promesas de los pactos que Dios le ha dado a Israel? Hay cinco principales en relación con el tema en cuestión. En el orden que Dios los dio, incluyen el Pacto

Abrahámico, el Pacto Mosaico, el Pacto Palestino, el Pacto Davidico y el Nuevo Pacto. Todos los pactos con Israel tienen algunas características comunes, incluyendo las siguientes: (1) todos son iniciados por Dios y dependen de Su gracia; (2) se dieron en un momento de crisis o transición; (3) ningún pacto anula a uno anterior; (4) cada pacto prometía bendiciones por obediencia y maldiciones por desobediencia; (5) todos los pactos encuentran su cumplimiento y significado supremos en Cristo.¹ Corresponde ahora destacar algunos puntos de cada uno. El primero, el *Pacto Abrahámico*, fue emitido cuando Dios llamó a Abram a salir de Ur y lo envió a la Tierra Prometida, Canaán. Bajo Su propia prerrogativa y propósito soberanos, Dios bendijo a Abram (más tarde Abraham), diciendo:

[...] Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y al que te maldiga, maldeciré. En ti serán benditas todas las familias de la tierra. (Gn. 12:2-3)

¿Qué implicaba específicamente esta bendición? En pocas palabras, Dios haría de Abram una nación; y toda nación requiere tres elementos esenciales: ley, lugar y lugareños; o preceptos, porción de tierra y pueblo. Una promesa de una nación con descendientes demasiado numerosos para contarlos, es decir, pueblo (Gn. 13:16; 17:4-6; 22:17); tierras con fronteras conocidas hasta el día de hoy (13:14-15; 15:18-21; 17:8); y, lo más importante, la

venida de una Simiente victoriosa, un Líder con leyes (22:17-18). ¿Por cuánto tiempo iba a estar en vigor esta bendición? *Para siempre* (cfr. Gn. 13,15; Lc. 1:55). Dios describe repetidamente Sus bendiciones unilaterales, incondicionales y frecuentemente reiteradas a Abraham como «eternas» (Gn. 13; 17:7-8, 19). El apóstol Pablo las declara «irrevocables» (Ro. 11:29).

Casi un milenio después, Dios expande Sus promesas del Pacto Abrahámico con el *Pacto Davídico*. En 2 Samuel 7:12, Dios (de nuevo, como con Abraham, unilateral e incondicionalmente) declara al rey David: **«Cuando tus días se cumplan y reposes con tus padres, levantaré a tu descendiente después de ti, el cual saldrá de tus entrañas, y estableceré su reino».** Continúa en el versículo 16: **«Tu casa y tu reino permanecerán para siempre delante de Mí; tu trono será establecido para siempre».** La promesa davídica se reitera en el Salmo 89: **«Una vez he jurado por Mi santidad; no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de Mí»** (89:35-36). Entonces, ¿qué ha prometido Dios a Israel a través de Su pacto con David? Un reino eterno, que sería gobernado por un Rey eterno, la simiente de David.

Pero entre los Pactos Abrahámico y Davídico se encuentra el Pacto Mosaico. Dios usó el Pacto Mosaico para preparar al pueblo para el cumplimiento de pactos previos y además del Nuevo Pacto que estaba por venir. Los Diez Mandamientos, los cientos de ordenanzas civiles y legales, los sacrificios, los días festivos, el Tabernáculo y todos sus accesorios dentro del Pacto

Mosaico fueron todos imágenes, símbolos y tipos utilizados por Dios para instruir y preparar a Israel, para mostrarles su necesidad de un Salvador al ilustrar concretamente la santidad de Dios y la pecaminosidad e impotencia del hombre. La Ley o Pacto Mosaico era un complemento del Pacto Abrahámico, desarrollando e incluso promoviendo componentes específicos del mismo que conducirían al más grande, o «mejor» Nuevo Pacto (He. 7:22; cfr. Lv. 26). Pablo lo deja claro al contrastar el Pacto Abrahámico con el Pacto Mosaico:

Entonces, ¿para qué fue dada la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la descendencia [Mesías] a la cual había sido hecha la promesa, ley que fue promulgada mediante ángeles por mano de un mediador. (Gá. 3:19)

Además, dice que el Pacto Mosaico **«ha venido a ser nuestro guía para conducirnos a Cristo»** (3:24). Todos los pactos que siguieron al abrahámico fueron desarrollos posteriores de sus características particulares. Esta es la naturaleza de la revelación progresiva (Ro. 9:4).

Debido a que la Biblia registra el fracaso de Israel en cumplir con las demandas de la Ley Mosaica de manera repetida y miserable, se podría concluir que las otras promesas de Dios a través de Abraham y David son entonces anuladas. ¿Es esto cierto? Observa cómo Pablo refuta decisivamente esta idea en Gálatas 3:17-18:

Lo que digo es esto: la ley, que vino 430 años más tarde, no invalida un pacto ratificado

anteriormente por Dios, como para anular la promesa. Porque si la herencia depende de una ley, ya no depende de una promesa; pero Dios se la concedió a Abraham por medio de una promesa.

Las promesas de Dios nunca son invalidadas porque las personas pecadoras no hicieran lo que los pecadores *no pueden* hacer. Ningún pueblo, ni siquiera el pueblo escogido de Dios, Israel, es capaz de obedecer la ley de Dios sin Su limpieza y regeneración. Lo que se necesita es un mecanismo por el cual los corazones pecaminosos de Israel puedan ser hechos justos y así impulsar todas las bendiciones que aún están pendientes en los pactos abrahámicos y davídicos. Esto es lo que se promete en un cuarto pacto, el *Nuevo Pacto*, tal como lo describe Jeremías. Dice así:

«Vienen días», declara el SEÑOR, «en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto, no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, Mi pacto que ellos rompieron, aunque fui un esposo para ellos», declara el SEÑOR. (31:31-32)

En otras palabras, para satisfacer el estándar de perfección santa de Dios, Israel requiere un «nuevo» pacto a diferencia del Pacto Mosaico con sus demandas imposibles de justicia perfecta. El versículo 33 añade:

«Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días», declara el SEÑOR. «Pondré Mi ley dentro de ellos, y sobre sus corazones la escribiré. Entonces Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo».

En un pasaje paralelo, Ezequiel proclama:

Además, les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes; quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Pondré dentro de ustedes Mi espíritu y haré que anden en Mis estatutos, y que cumplan cuidadosamente Mis ordenanzas. (Ez. 36:26-27)

Hay una palabra para esto: *salvación*. Esta es la promesa de Dios de salvar a Israel (Ro. 11:26). En el Nuevo Pacto, Dios dice que habrá un día en el que purificará los corazones de Su pueblo soberanamente. En Su Palabra, Dios promete bendecir a los justos (Sal. 5:12), pero paradójicamente ha declarado que **«no hay justo, ni aun uno»** (Ro. 3:10). Por lo tanto, Dios debe arreglar el problema de la injusticia de Israel antes de que Él pueda bendecirla, y con el Nuevo Pacto viene la afirmación de Dios de que un día Él hará exactamente eso. Cuando el Nuevo Pacto se cumpla, Dios escribirá Su ley en el corazón de Su pueblo escogido para que su propia naturaleza sea justa, desencadenando así las bendiciones prometidas en los Pactos Abrahámicos y Davídicos.

¿Qué hay de los creyentes gentiles, los que están fuera de la etnia israelita? ¿Las promesas de Dios se extienden también a ellos? ¡Absolutamente! La Biblia es inequívoca al asegurar que las promesas que Dios hizo a Israel se aplican a todos los que se arrepienten y creen en el sacrificio expiatorio de Cristo (Ro. 10:13; Gá. 3:14, 29). Israel nunca fue concebido como el único beneficiario de la misericordia y la bondad amorosa de Dios; más bien, es a través de Israel que la salvación estaba destinada a llegar a todos los pueblos y naciones (Is. 45:22; Jn. 4:22). Observa cómo el profeta Isaías hace referencia a este punto exacto (como Dios dice de Su Hijo, Jesús):

Poca cosa es que Tú seas Mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel. También te haré luz de las naciones, para que Mi salvación alcance hasta los confines de la tierra. (Is. 49:6)

Pero observa la sutileza aquí. La gloriosa promesa de la salvación del Nuevo Pacto es para todos los creyentes en todo el mundo, *¡pero no a expensas de un remanente del Israel étnico!* Más bien, todos los creyentes participarán *junto a Israel* en el reino terrenal prometido a ellos, unidos bajo el reinado del gran Rey venidero, Jesucristo.

Además del Pacto Abrahámico, Mosaico, Davídico y el Nuevo Pacto, hay un quinto pacto, a menudo descuidado y olvidado, pero de gran importancia para el futuro de Israel: el Pacto Palestino o Deuteronomico, el

pacto que Dios estableció con Israel en las llanuras de Moab (Dt. 27-30).² El Pacto Deuteronómico prometió a Israel derechos sobre la Tierra Prometida. Por lo tanto, tenía un tema relacionado con los Pactos anteriores hechos a Israel: el Abrahámico dio el título de propiedad de la tierra; el Mosaico proporcionó una constitución para el pueblo de la tierra; y el Deuteronómico delinearía los derechos y riquezas de Israel en su tierra prometida. En cada pacto, la tierra literal de Canaán estaba en cuestión, y fue dada a Israel como un regalo de Dios (Dt. 3:18). Dios tenía el derecho de dársela, porque Él es el dueño de la tierra. En el Pacto Deuteronómico, Dios prometió dispersar a Israel entre las naciones si desobedecían, lo cual hicieron. En el capítulo 30, luego prometió que un día los reuniría nuevamente desde los confines de la tierra como un solo pueblo, en la Tierra Prometida. En ese momento, Dios les dará un nuevo corazón para obedecerlo y amarlo, y morarán en la tierra que Él les prometió. Esta última promesa aún no se ha cumplido.

¿La conclusión? En el futuro, una generación de judíos étnicos llegará a la fe en Jesucristo colectivamente como un pueblo. El cumplimiento de las promesas del pacto descritas en este capítulo espera la salvación del remanente de judíos que Dios ha ordenado para vida eterna desde antes de la fundación del mundo. Y cuando eso suceda, Jesús regresará para entregarles su reino prometido. Zacarías 12:10 describe conmovedoramente cómo Dios derramará sobre Israel:

el Espíritu de gracia y de súplica, y me mirarán a Mí, a quien han traspasado. Y se lamentarán por Él, como quien se lamenta por un hijo único.

¿Y cuál será el resultado? Zacarías 13:1:

«En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para lavar el pecado y la impureza».

Un reino físico vendrá para Israel étnico, en un territorio literal con designaciones terrenales, que será gobernado por Jesucristo, el Rey eterno. Dios ha prometido esto a Su pueblo elegido, Israel, los descendientes étnicos de Abraham, Isaac y Jacob, en una serie de pactos unilaterales, incondicionales e irrevocables que Él ha jurado (He. 6:13-20). Todas las personas que lleguen a la fe salvífica en el Señor Jesucristo sobre la base del Nuevo Pacto compartirán la herencia del reino terrenal venidero de Cristo (y Su reino eterno subsiguiente), pero *no* de una manera que reemplace al Israel étnico. En el siguiente capítulo, exploraremos una profecía particularmente importante con respecto al destino futuro de Israel en relación con el fin del mundo.

3

DANIEL MIRA

HACIA EL FUTURO

Como hemos visto, la historia de Israel y su designación por Dios como Su nación escogida llena gran parte del Antiguo Testamento. Se puede enmarcar en los distintos pactos que Dios hizo con ella: promesas incondicionales, unilaterales e irrevocables de Él a Israel que involucran su establecimiento como nación, con límites territoriales definidos. Además, a Israel se le prometió tanto recibir como impartir la bendición divina. No solo eso, Dios también le ha prometido a Israel un futuro reino terrenal, con su Rey gobernando desde Jerusalén. Finalmente, Dios ha prometido que eventualmente renovará los corazones de Su pueblo escogido, para que puedan arrepentirse y volverse a Jesucristo, el Mesías Prometido rechazado por sus antepasados, desencadenando así todas las demás bendiciones prometidas.

Un pasaje en particular, **Daniel 9:24-27**, aborda directamente la relación de Israel con el fin del mundo.

Isaac Newton afirmó una vez que se podía apostar la verdad del cristianismo únicamente en esta profecía.¹ Jesús hizo referencia a esta profecía como fundamental en Su explicación más definitiva de la cronología de los eventos del fin (Mt. 24). Ninguna teología de los acontecimientos futuros está completa sin ella. Dice así:

Setenta semanas [lit. setes] han sido decretadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para poner fin a la transgresión, para terminar con el pecado, para expiar la iniquidad, para traer justicia eterna, para sellar la visión y la profecía, y para ungir el lugar santísimo. Has de saber y entender que desde la salida de la orden para restaurar y reconstruir a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas [lit. setes] y sesenta y dos semanas [lit. setes]. Volverá a ser edificada, con plaza y foso, pero en tiempos de angustia. Después de las sesenta y dos semanas el Mesías será muerto y no tendrá nada, y el pueblo del príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario. Su fin vendrá con inundación. Aun hasta el fin habrá guerra; las desolaciones están determinadas. Y él hará un pacto firme con muchos por una semana, pero a la mitad de la semana pondrá fin al sacrificio y a la ofrenda de cereal. Sobre el ala de abominaciones vendrá el desolador, hasta que una destrucción completa, la que está decretada, sea derramada sobre el desolador.

Los eruditos hebreos están de acuerdo en que estos cuatro versículos son muy desafiantes para el exégeta e intérprete de la Biblia, por varias razones. La principal se debe probablemente al hecho de que esta profecía combina las dos venidas de Cristo que sabemos hoy en retrospectiva que han estado separadas por al menos 2,000 años. Daniel y los santos del Antiguo Testamento no pensaron en dos venidas, solo percibieron una. La discontinuidad —denominada *escorzo profético*— que resulta de dos venidas mesiánicas separadas por un enorme espacio de tiempo supone un gran obstáculo en la escatología de todos. Es la mayor causa de las inimitables complejidades e idiosincrasias involucradas en el intento de ordenar la profecía bíblica, especialmente la cronología y el tiempo (1 Pe. 1:11). Sin embargo, a partir de una exégesis cuidadosa, atendiendo al contexto inmediato y guiado por las barandillas de la analogía de las Escrituras, hay mucho que se entiende fuerte y claro de este pasaje para ayudar a informar nuestra escatología.

Como hemos visto anteriormente, Daniel está escribiendo alrededor del año 539 a. C. Había estado en el exilio más de sesenta años. El ángel Gabriel le dio una profecía acerca de un tiempo venidero para Israel, el cual se compondrá de **«setenta semanas»** (9:24). Una traducción mejor y más literal de la construcción hebrea es «setenta sietes». La segunda palabra de la frase es versátil y significa literalmente «una unidad de siete» o «una heptada». Esta palabra hebrea «no tiene ninguna referencia primaria a períodos de tiempo en absoluto, ya

sean días o años. En otras palabras, es simplemente una medida numérica».² Esto parece extraño para el lector español actual. Tendemos a pensar en términos de decenas o décadas. La gente de Daniel pensaba en términos de siete o heptadas. Cada séptimo año era un día de reposo (Lv. 25). Cada siete «sietes», o cuarenta y nueve años, venía el Año de Jubileo obligatorio (25:8-12). Setenta «sietes» aquí para Daniel se referían a 490 años, el tiempo restante hasta la culminación de las promesas de Dios para Israel y para todos los creyentes.

La profecía es una promesa hecha **«sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad»**, es decir, sobre Israel y Jerusalén (9:24). A continuación, seis infinitivos nos dicen lo que el Mesías logrará para su pueblo. Los seis infinitivos tienen una simetría estructural sintáctica obvia en varios aspectos en el texto hebreo. Los infinitivos se escriben en dos conjuntos de tres; los tres primeros se expresan negativamente y los tres segundos se expresan positivamente. Las tres primeras son frases de dos palabras en hebreo; las otras tres son frases de tres palabras en hebreo. El primer grupo de tres está relacionado con *el pecado* y se cumple con la primera venida de Cristo cuando vino como el Siervo Sufriente y el portador del pecado al morir en la cruz. El último conjunto de tres está relacionado con *la justicia* y se cumple en su totalidad cuando Cristo regrese al final de la era como el Rey Conquistador y Juez Justo. Los tres primeros hablan de la obra de expiación espiritual de Cristo, que ya ha pasado, y que es la base de todas Sus promesas que serán cumplidas por Israel. Los últimos

tres infinitivos se refieren a las promesas de Su Reino aún terrenal que Israel heredará tras su arrepentimiento nacional (Dt. 30:1-6; Ro. 11:26). Veamos esto con más detalle.

La primera venida de Cristo culminó con su conquista de «la transgresión», poniendo fin al poder del pecado y a su consecuencia: la muerte. A través de su crucifixión y resurrección, la piedra angular de su primera aparición, Cristo expi  el pecado y así triunfó sobre su efecto condenatorio. Cuando él aparezca de nuevo para gobernar sobre Su reino en la tierra, Jesús va a **«ungir el lugar santísimo»** con Su presencia en Jerusalén, que será el epicentro de toda adoración (Dn. 9:24). A partir de ese momento, la justicia será la regla, tanto en el Reino Milenario como en el Reino Eterno que vendrá. Ya no habrá necesidad de profecías o visiones, porque Dios tendrá comunión directamente con Su pueblo para siempre.

En cuanto al tiempo de todo esto, Daniel escribe que desde el momento del decreto de ir y reconstruir Jerusalén hasta el momento en que vendrá el primer **«Príncipe»** (un nombre para Jesús), habrá un total de siete semanas de siete (49 años), seguidas de sesenta y dos semanas de siete (434 años), para un total de sesenta y nueve semanas de siete (483 años). Después de esto, Daniel profetiza que el primer príncipe **«será muerto y no tendrá nada»**, y aparecerá un segundo **«príncipe»** (una referencia al anticristo). Es importante notar que el **«Príncipe»** en el 9:25 es una persona diferente al **«príncipe»** en el 9:26. Este segundo príncipe, o

Anticristo, perseguirá a la nación de Israel y a todos los que siguen al único Dios verdadero, hasta el momento de su fin decretado (Ap. 13:1-10).

Para entender cómo este pasaje vincula a Israel con el futuro del mundo, recuerda que el imperio babilónico conquistó Jerusalén en el año 605 a. C. A partir de ese año y continuando en dos deportaciones posteriores, el pueblo de Judá fue llevado al cautiverio. Como ya se ha presentado, este cautiverio había sido predicho por el profeta Jeremías (25:11; 29:10). Iba a durar setenta años, después de los cuales se permitiría a los judíos regresar a casa. Consciente de esta profecía, Daniel percibió que el tiempo para la liberación de Israel se estaba acercando, si la fecha de inicio era la primera deportación en el año 605 a.C. Al terminar los setenta años, los medo-persas conquistaron Babilonia y se convirtieron en supervisores de los cautivos judíos. Bajo el reinado medo-persa de Ciro, al pueblo de Israel finalmente se le permitió regresar a su tierra natal, precisamente como había predicho la Palabra de Dios a Jeremías (Esd. 1:1-3; 2 Cr. 36:22-23).

Este retorno fue permitido a través de una serie de cuatro decretos. Los primeros tres de estos decretos (discutidos en Esd. 1, 6 y 7) permitieron a Israel regresar y reconstruir su templo caído, pero, curiosamente, a su pueblo *no se* le permitió reconstruir la ciudad de Jerusalén misma. Eso tuvo que esperar hasta el cuarto decreto, bajo el emperador Artajerjes, el mismo Artajerjes que gobernó en la época de Ester. Su decreto que permitía al pueblo de Dios comenzar a reconstruir

Jerusalén, y en particular, restaurar sus muros perimetrales, llegó alrededor de marzo (Nisán) del 444/445 a. C. (Neh. 2:1-6).

Ahora observa lo siguiente acerca de la profecía de Daniel. Él escribe que habrá sesenta y nueve semanas de años, o 483 años, antes de un «**Mesías**» (9:25) que viene y [entonces] Él será «**muerto**», es decir «asesinado». Daniel divide este período en un tiempo de siete semanas, seguido de sesenta y dos semanas, para un total de sesenta y nueve semanas de años (o 483 años). El primer período de siete semanas, o 49 años, es el período de tiempo para la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén (v. 25a).

Para esta fecha, cuatro características especiales sobre la nación de Israel merecen ser mencionadas:

Primero. El pueblo de Israel ha regresado a su tierra de Palestina. Un remanente ha vuelto. La nación ha sido restaurada.

Segundo. El templo ha sido reconstruido. Más adelante sería destruido y reconstruido nuevamente, pero por ahora el templo está reconstruido y en funcionamiento, con los sacrificios a Dios reanudados en su altar.

Tercero. La ciudad de Jerusalén ha sido reconstruida. Había sido devastada por Nabucodonosor en el año 605 a.C., pero ahora está restablecida y habitada. De modo que, al pueblo de Israel le

fueron restaurados su nación, su templo y su ciudad.

Cuarto. El pueblo de Israel tenía su canon. Con los escritos del profeta Esdras concluidos, el Antiguo Testamento estaba completo. El pueblo de Dios tenía Su Palabra en su forma final, las Escrituras del Antiguo Testamento. Con eso, la revelación especial de Dios a Su pueblo había cesado, al menos por un tiempo.

Eso termina la primera de siete «semanas» de años (es decir, 49 años desde el 445 a. C. hasta el 396 a. C.). Lo que sigue es un tiempo de silencio, cuando la voz de Dios, tal como fue hablada a través de los profetas a Su pueblo, se detuvo abruptamente. Este tiempo de «silencio» representa las sesenta y dos semanas de años mencionadas por Daniel. Históricamente, durante este período, los griegos superaron a los medo-persas como el tercer gran imperio mundial (también profetizado por Daniel; cfr. cps. 2 y 7). Uno de los emperadores griegos que reinaría durante este interludio sería Antíoco IV «Epífanés», cuyo vil tormento del pueblo de Israel y la profanación de su templo serían parte de los **«tiempos de angustia»** profetizados por Daniel como destinados a venir sobre Israel (cfr. 9:25).³

Después de las siete más sesenta y dos semanas, o sesenta y nueve semanas, Daniel entonces profetiza que un **«Mesías»** vendrá como un **«Príncipe»**. Esto es nada menos que una predicción de la primera venida de

Cristo (la palabra hebrea «Mesías» significa «ungido»). En otras palabras, Dios afirma a través de Daniel que el Mesías llegaría después de 69 semanas de años, o 483 años, desde el momento del decreto para reconstruir Jerusalén. Sorprendentemente, durante la semana de la Pascua alrededor del año 33 d. C., Jesús montó un pollino y lo cabalgó desde cerca de Betania hasta Jerusalén como el aclamado Príncipe, el Mesías, en cumplimiento preciso de esta y otras profecías del Antiguo Testamento (cfr. Zac. 9:9), ¡exactamente 483 años desde la fecha del decreto de Artajerjes!⁴ Este notable cumplimiento de la profecía es una verificación extraordinaria de que Dios está supervisando providencialmente todo Su mundo con meticulosa precisión y perfecta maestría.

Finalmente, Daniel profetiza que poco después, el Mesías repentinamente **«será muerto»** (Dn. 9:26) (una alusión a la muerte de Cristo), seguido de la llegada de un **«príncipe que ha de venir»** (Dn. 9:26). Este segundo príncipe es el *Anticristo*. Su ascenso y su destrucción ocurren durante la «semana» de profecía aún no cumplida, la «semana setenta» de Israel, una semana de siete años para llevar a cabo el fin de este mundo tal como lo conocemos.⁵

En resumen, es útil aclarar el uso y el significado de Daniel de las diversas referencias a los «sietes» en este complejo pasaje profético que acabamos de examinar:

- a) **«setenta años»** (9:2) se refiere al número de años que Jeremías predijo que Israel sería

exiliado en Babilonia como consecuencia de haber violado la observancia de 70 años sabáticos requeridos por la Ley (cfr. Lv. 25:2-5; 2 Cr. 36:21);

- b) **«setenta semanas»** (9:24) significa «setenta sietes» y equivale a 490 años. Los 490 años se refieren al tiempo total que tomará antes de que el Mesías venga a dar un golpe final al pecado y cumplir todas las promesas hechas a Israel. Este período de 490 años corresponde exactamente al castigo requerido en la Ley (cfr. Lv. 25:2-5; 26:34-43) por violar el año sabático en 70 ocasiones diferentes durante los 800 años en que Israel estuvo en la tierra desde Josué hasta el cautiverio babilónico. Daniel divide estas **«setenta semanas»** en tres secciones, cumpliéndose un acontecimiento profético en cada una de ellas hasta el clímax final que tiene lugar al final de los 490 años. Los cumplimientos graduales, telescópicos o por etapas son típicos de la profecía bíblica;
- c) **«siete semanas»** (9:25) significa siete sietes, o 49 años. Lo más probable es que este período se refiera al tiempo que realmente tomó desde la emisión del decreto hasta la restauración de Jerusalén,

que comenzó con el decreto emitido en los días de Nehemías;⁶

- d) **«sesenta y dos semanas»** (9:25, 26) significa sesenta y dos setes o 434 años y comprende el período desde la reconstrucción de Jerusalén hasta la primera venida del Mesías (v. 25b);
- e) **«Siete semanas y sesenta y dos semanas»** (9:25) significa sesenta y nueve setes, o 483 años. Este es el período de tiempo desde el decreto de Ciro hasta la muerte de Cristo. Hay deliberadamente una brecha entre la semana 69 y la semana 70 a la luz de las dos venidas de Cristo.
- f) **«una semana»** (9:27) significa siete o siete años, y se refiere a la Tribulación de siete años al fin del mundo antes de la Segunda Venida de Cristo. Daniel dice que esta semana está tipificada por la presencia del Anticristo, a quien llama **«el príncipe»** (9:26), **«un cuerno pequeño»** (7:8), **«un hombre»** (7:8), con una **«boca que hablaba con mucha arrogancia»** (7:20), que hará **«guerra contra los santos»** (7:21), que será un **«rey»** (7:24), que **«dirá cosas horribles»** (11:36). Él hará un

pacto con Israel al comienzo de la semana 70 (9:27a).

- g) **«La mitad de la semana»** (9:27) significa la mitad del siete, o la mitad de los siete años. A los tres años y medio del pacto que hizo con Israel, el Anticristo romperá ese pacto y se volverá contra los judíos y luego dominará durante otros tres años y medio. Jesús llamó a este tiempo de dominación la **«gran tribulación»** (Mt. 24:21). Apocalipsis dice que durará 42 meses (13:5), o **«un tiempo, tiempos y medio tiempo»** (12:14) o **«1,260 días»** (12:6); todos equivalentes a 3 años y medio.

Veremos cómo el resto de la asombrosa profecía de Daniel se cumple en el capítulo 7.

SEÑALES DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

Quizás la pregunta más común que surge de aquellos que desean saber lo que la Biblia dice acerca del futuro es: «¿Crees que el fin está cerca?». Después de todo, han pasado más de 2500 años desde que Dios reveló Su Nuevo Pacto para salvación de Su pueblo escogido Israel (y por extensión, de todos aquellos que son hijos de Abraham por la fe; cfr. Gá. 3:29). Además, han pasado casi 2000 años desde que el Hijo de Dios, Jesucristo, triunfó sobre el pecado y la muerte a través de Su crucifixión, resurrección y ascensión, *propiciando* la ira de Dios, *expiando* el pecado del creyente arrepentido y, algo crucial para nuestro tema, *introduciendo* la morada del Espíritu Santo en el convertido. La Biblia anuncia este último acontecimiento como el desencadenante de los «**últimos días**» (Am. 2:17; Jl. 2:28; Hch. 2:16-21).

De modo que la respuesta de la Biblia a esta pregunta predominante es un inequívoco «sí». Pedro, Pablo, Santiago, Judas y el escritor de Hebreos estipulan bajo

la inspiración de Dios que **«ha llegado el fin de los siglos»** (1 Co. 10:11) y que **«el fin de todas las cosas se acerca»** (1 Pedro 4:7; véase también He. 1:2; Stg. 5:3; Jud. 1:18). Nada menos que un experto en escatología como Jesucristo, al revelar los acontecimientos finales del mundo al apóstol Juan alrededor del año 95 o 96 d. C., dijo de su inminente comienzo: **«el tiempo está cerca»** (Ap 1:3). Indudablemente por esta razón, el apóstol Juan describe el tiempo de su escritura como **«la última hora»** (1 Jn. 2:18). Pero, *¿qué tan adentrados estamos en esa hora?* Aquí podemos recurrir a las descripciones específicas de Dios de los acontecimientos terrenales que anunciarán el fin. ¿Cómo dice la Biblia que será la vida cuando la creación llegue a su fin?

Desafortunadamente, la Palabra de Dios es clara en que a medida que se acerca el fin, las cosas en este mundo irán de mal en peor (2 Ti. 3:13). Santiago dice que el tiempo estará marcado por la idolatría de la riqueza (5:3). Judas prevé **«burladores que irán tras sus propias pasiones impías»** (Jud. 1:18). Pedro dice que los deseos pecaminosos llevarán a estos escarnecedores a una serie de negaciones insolentes, incluyendo la negación del inminente regreso de Cristo, la negación de que Dios es el Creador, la negación del diluvio de Noé y la negación de la futura destrucción del universo (2 Pe. 3:3-7). Pablo coincide cuando escribe:

Pero debes saber esto: que en los últimos días
vendrán tiempos difíciles. Porque los hombres
serán amadores de sí mismos, avaros,

jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, irreverentes, sin amor, implacables, calumniadores, desenfrenados, salvajes, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, envanecidos, amantes de los placeres en vez de amantes de Dios; teniendo apariencia de piedad, pero habiendo negado su poder. (2 Ti. 3:1-5)

Pablo continúa diciendo que las personas estarán **«cargadas de pecados, llevadas por diversas pasiones, que siempre están aprendiendo, pero nunca pueden llegar al pleno conocimiento de la verdad»** (vv. 6b-7). Estos mismos individuos **«se oponen a la verdad. Son hombres de mente depravada, reprobados en lo que respecta a la fe»** (v. 8). En otro pasaje, Pablo describe el curso de la condición humana en la tierra como marcado por pensamientos necios y fútiles y por corazones que se han oscurecido, lo que lleva a una decadencia progresiva y desvergonzada hacia todas las formas de inmoralidad sexual (Ro. 1:21-27). ¿Y cuál es el final? Pablo continúa:

Y así como ellos no tuvieron a bien reconocer a Dios, Dios los entregó a una mente depravada, para que hicieran las cosas que no convienen. Están llenos de toda injusticia, maldad, avaricia y malicia, llenos de envidia, homicidios, pleitos, engaños, y malignidad. Son chismosos, detractores, aborrecedores de Dios, insolentes, soberbios, jactanciosos,

inventores de lo malo, desobedientes a los padres, sin entendimiento, indignos de confianza, sin amor, despiadados. Ellos, aunque conocen el decreto de Dios que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también dan su aprobación a los que las practican. (Ro. 1:28-32)

Observa, en particular, que este deterioro de la sociedad no se da sólo entre los que están fuera de la Iglesia. La Biblia es clara en cuanto a que habrá aquellos que profesen la fe, que **«teniendo apariencia de piedad»** (2 Ti. 3:5) contribuirán a esta decadencia hacia una depravación cada vez mayor. La perniciosa desviación de la sana doctrina por parte de algunos dentro de la iglesia profesante está comprendida en el término *apostasía*. Su efecto siniestro y maligno es la razón por la cual la Biblia advierte continuamente a los creyentes que estén en guardia contra aquellos dentro de la Iglesia que alterarán la Palabra de Dios, y en particular el evangelio (Hch. 20:28-31; Gá. 1:6-10; Ef. 5:11; 1 Ti. 6:20; 2 Ti. 4:1-4; Tit. 1:9; 2 Pe. 2:1-22; 2 Jn. 7-11; Jud. 3-23). De hecho, en 1 Timoteo 4:1, Pablo escribe: **«El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios»**. ¿Y cuáles son las doctrinas de demonios? Cualquier idea planteada en contra de la verdadera

persona y propósito de Dios, como está escrito en Su Palabra (2 Co. 10:5; Stg. 3:14-15).

La característica común de los que contribuyen a esta espiral degenerativa, tanto entre los que profesan creer como entre los que rechazan rotundamente hacerlo, será su *negación de la verdad*. Recordemos más arriba cómo Pablo los describe como personas que **«siempre están aprendiendo, pero nunca pueden llegar al pleno conocimiento de la verdad»** (2 Ti. 3:7). Ellos son los que, estando corrompidos en su mente, **«se oponen a la verdad»** (v. 8). En su carta a los Romanos, Pablo escribe: **«Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia restringen la verdad»** (Ro. 1:18; énfasis añadido). La oposición a la verdad alcanza su punto más bajo cuando lo que es verdadero es etiquetado como falso, y lo que es falso es etiquetado como verdadero. Dirigiéndose a esto, el profeta Isaías advierte: **«¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!»** (Is. 5:20).

El hecho de que los enemigos de Dios se caractericen por su desdén y rechazo de la verdad sigue la progresión lógica de las Escrituras. Porque si Jesús dice que aquellos que lo siguen son santificados por la verdad de la Palabra de Dios (Jn. 8:31-32; 17:17), entonces es lógico que aquellos que lo rechazan sean identificados como negadores de esa misma verdad. En cualquier caso, la consecuencia de rebelarse contra la verdad de Dios es a la vez sorprendente y aleccionadora. En

2 Tesalonicenses 2:10-12, Pablo describe a los que finalmente van a perecer como aquellos que **«no recibieron el amor de la verdad para ser salvos»**. Luego continúa: **«Por esto Dios les enviará un poder engañoso, para que crean en la mentira, a fin de que sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad sino que se complacieron en la iniquidad»**. Aquí aprendemos que llega un momento en *que Dios realmente refuerza el engaño de aquellos que se rebelan contra Él*, debido a su persistente descaro al despreciar Su verdad. Es algo terrible rechazar la gran misericordia de Dios al rechazar Su verdad sobre el camino a la salvación, porque más allá de eso no hay otra misericordia disponible, sino únicamente el juicio (cfr. Jn. 3:18, 36; He. 10:31; Ap. 21:6-8).

Entonces, ¿estamos cerca del final? Considera lo siguiente: ¿Se idolatra la riqueza? ¿Se burlan los escarnecedores del relato bíblico del regreso de Cristo, un programa de creación literal de seis días, Noé y un diluvio mundial y la destrucción venidera del universo? ¿Proliferan las inmoralidades sexuales y otras formas de impiedad? ¿Se caracteriza lo correcto como incorrecto y lo incorrecto como correcto? ¿Está la verdad de Dios siendo profanada por creyentes profesantes pero falsos, hedonistas comprometidos, y todos los que están en medio? Estas son las señales que anunciarán el principio del fin.

EL RAPTO

El primer evento que interrumpirá este declive social es conocido como el *Rapto*. El Rapto es el primero de seis eventos en el orden de las últimas cosas. Es la reunión de todos los creyentes de la Era de la Iglesia, tanto los vivos como los muertos, a la presencia del Señor. El término «Rapto» deriva del verbo griego *harpazo* que significa «arrebatar». 1 Tesalonicenses 4:16-17 dice que todos los que están «en Cristo» serán «arrebataados» juntamente para encontrarse con el Señor en el aire. 1 Tesalonicenses 4:13-18 describe el evento:

Pero no queremos, hermanos, que ignoren acerca de los que duermen, para que no se entristezcan como lo hacen los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con Él a los que durmieron en Jesús. Por lo cual les decimos esto por la palabra del Señor: que nosotros los que estemos vivos y que permanezcamos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Pues el

Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo se levantarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y que permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos con el Señor siempre. Por tanto, confórtense unos a otros con estas palabras.

Con respecto al Rapto, *seis aspectos* deben ser entendidos en anticipación de este maravilloso evento.

Primero, el Rapto es *inminente*, lo que significa que es lo siguiente que sucederá. Podrías preguntarte qué dice la Biblia que debe ocurrir antes del Rapto, y la respuesta es: nada. Es lo siguiente, y podría ocurrir en cualquier momento. El Rapto es un *evento sin señales*, lo que significa que no hay señales ni sucesos que deban preceder su acontecimiento.

Segundo, el Rapto es *inevitable*. A pesar de los múltiples pasajes bíblicos que predicen este evento, algunos creyentes profesantes todavía niegan la futura y repentina remoción de la tierra de la verdadera Iglesia de Dios. Pero observa cómo Pablo vincula el conocimiento del Rapto con el conocimiento de la muerte y resurrección de Cristo (v. 14). Pablo está diciendo que si tú crees que Cristo murió y resucitó, entonces por la misma razón tú debes creer en el Rapto venidero de los santos.

Tercero, el Rapto ocurre *en el aire*. El texto dice que tanto los muertos como los vivos serán **«arrebatados [...] en las nubes al encuentro del Señor en el aire»** (v. 17). Esto cumple la profecía hablada por los ángeles a los Apóstoles mientras miraban al cielo en la Ascensión de Cristo:

[...] fue elevado mientras ellos miraban, y una nube lo recibió y lo ocultó de sus ojos. Mientras Jesús ascendía, estando ellos mirando fijamente al cielo, se les presentaron dos hombres en vestiduras blancas, que les dijeron: «Varones galileos, ¿por qué están mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de ustedes al cielo, vendrá de la misma manera, tal como lo han visto ir al cielo. (Hch. 1:9-11)

Una nube llevó al Señor Jesús al cielo en Su ascensión. Y de esa misma manera, Jesús vendrá del cielo por Sus creyentes, cuando se eleven para unirse a Él en el aire.

Cuarto, este Rapto de la Iglesia para encontrarse con Cristo en el aire es *diferente a la Segunda Venida de Cristo*. En el Rapto, los seguidores de Cristo se elevan para encontrarse con Él en el aire mientras Él desciende en las nubes. Más tarde, en Su Segunda Venida, Cristo también descenderá en las nubes, pero entonces no permanecerá en el aire, sino que descenderá hasta la Tierra. Zacarías 14:4 declara que en ese día, los pies de Jesús se posarán sobre el Monte de los Olivos, que luego

se dividirá para formar un gran valle. Pero, como veremos, esto aún está por llegar.

Quinto, el Rapto es *para los creyentes*, e implica una *Rendición de Cuentas*, una *Recompensa* y una *Resurrección*.

Rendición de cuentas: El Rapto podría ser cuando los creyentes de la era de la Iglesia comparezcan ante el Señor, en lo que se conoce como el Tribunal de Cristo o *Bema*, para rendir cuentas de todo lo que han hecho (Ro. 14:10, 12; 2 Co. 5:10).¹ Pablo escribe en Romanos 14:10 que **«todos compareceremos ante el tribunal de Dios»** y que **«cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí mismo»** (v. 12). Aquí, uno debe recordar que el Rapto se trata de unir a la Iglesia con Cristo. Ninguno de los pasajes del Rapto en las Escrituras (Jn. 14:3; 1 Co. 15:50-58; Col. 3:4; 1 Ts. 4:13-18; Ap. 3:10) menciona indicio alguno de castigo. Si bien los creyentes se arrepentirán de las innumerables formas en que han entristecido a Dios, el *juicio bema* no es un momento en el que los creyentes serán castigados por sus pecados, porque no hay amenaza de condenación a la luz de la obra expiatoria de Cristo a favor de ellos (Ro. 8:1). Para aquellos que han sido redimidos, todos los pecados cometidos a lo largo de la vida—tanto antes como después de la salvación—fueron perdonados en la cruz. Debido a esto, el gozo de los creyentes al experimentar finalmente la presencia física del Señor sobrepasará cualquier vergüenza real, pero pasajera, que surja al revisar sus transgresiones terrenales. 1 Juan 2:28 dice: **«Y ahora, hijos, permanezcan en Él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza y no nos**

apartemos de Él avergonzados en Su venida». Esto es un estímulo para que los creyentes permanezcan firmes, viviendo de una manera santa y recta, para que no se avergüencen cuando Cristo aparezca.

Recompensa: después del Rapto es cuando los creyentes reciben sus *recompensas*. 1 Corintios 3:13-14 dice:

la obra de cada uno se hará evidente; porque el día la dará a conocer, pues con fuego será revelada. El fuego mismo probará la calidad de la obra de cada uno. Si permanece la obra de alguien que ha edificado sobre el fundamento, recibirá recompensa.

Cuando Jesús hace referencia a la recompensa o retribución, no está hablando de la salvación del creyente. Los creyentes no reciben la salvación por lo que han hecho, reciben la salvación por lo que *Cristo* ha hecho. Por lo tanto, estas son recompensas distintas de la salvación, las cuales Cristo ha prometido por la obra fiel realizada durante Su ausencia física (cfr. Mt. 5:12; 25:14-30; Lc. 14:14; 19:11- 27; Col. 3:24; 2 Jn. 1:8).

Resurrección: el Rapto es cuando los creyentes en Cristo, tanto muertos como vivos, reciben sus *cuerpos glorificados*. Pablo describe esto vívidamente en uno de los pasajes más gloriosos de toda la Biblia:

Así que les digo un misterio: no todos dormiremos, pero todos seremos transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la

trompeta final. Pues la trompeta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados (1 Co. 15:51-52).

Es muy probable que Pablo esté describiendo el evento del Rapto en este pasaje. Él lo llama un «misterio» (v. 51), lo que significa que aquí está dando nueva información que no fue revelada en el Antiguo Testamento. La resurrección fue revelada en el Antiguo Testamento (Sal. 16; Is. 26:19-20; Dn. 12:2; He. 11:19), por lo que esa no es la nueva información. ¡El misterio es que algunas personas obtendrán un cuerpo perfecto, inmortal, sobrenatural y glorificado sin tener que morir primero y luego resucitar! Ese concepto nunca fue enseñado en el Antiguo Testamento.

¿A qué se refiere cuando dice que el creyente recibirá un «cuerpo resucitado»? La Biblia declara que cuando uno muere, su espíritu abandona inmediatamente su cuerpo físico y se dirige a su destino espiritual, ya sea al Cielo para estar con el Señor (cfr. Lc. 23:43; 2 Co. 5:8; Fil. 1:23), o al Hades para ser reservado hasta el Día del Juicio (cfr. Lc. 16:22-23). En otras palabras, no existe tal cosa como el Purgatorio, o el «sueño del alma».

También vemos que la Biblia enseña que *todos*, tanto los redimidos como los no redimidos, eventualmente experimentarán una resurrección, cuando su espíritu se reunirá con el cuerpo (cfr. Jn. 5:28-29; Ap. 20:5-6). Los frágiles cuerpos vivientes de los santos de la Iglesia serán «trasladados» o «transformados» (Fil. 3:21) en el acto del Rapto. Sus cuerpos mortales se convertirán instantáneamente

en cuerpos sobrenaturales glorificados estando aún vivos. Estos cuerpos nunca probarán la muerte ni la descomposición durante toda la eternidad, ni tampoco serán capaces de pecar jamás.

En cuanto a cómo se otorgan estos cuerpos, la Biblia enumera diferentes *etapas* o tiempos de resurrección para diferentes grupos. Y la etapa o el tiempo de la resurrección, cuando una persona recibe su cuerpo eterno, dependerá de si esa persona es *redimida* o no. Además, entre los *redimidos*, el tiempo de la resurrección dependerá de la era o período durante el cual vivió el creyente. Pablo dijo que había un «orden» para la resurrección (1 Co. 15:23), lo que significa que no todas las personas reciben su cuerpo resucitado al mismo tiempo; hay una secuencia cronológica. Así, el orden de la resurrección es el siguiente: **1)** Cristo es las primicias de la resurrección (1 Co. 15:23); **2)** santos del Antiguo Testamento enterrados alrededor de Jerusalén fueron resucitados inmediatamente después de que Jesús murió el viernes (Mt. 27:52-53); **3)** Los cristianos en el tiempo del Rapto (1 Ts. 4:16); **4)** los dos testigos asesinados durante la Tribulación (Ap. 11:11-12); **5)** el resto de los santos del Antiguo Testamento y los mártires de la Tribulación (Is. 26:19; Dn. 12:2; Ap. 6:9-11; (Mt. 20:4); **6)** Santos milenarios (Juan 5:28-29; Ap 20:6); los no redimidos de todas las edades en el Gran Trono Blanco (Ap. 20:5, 11-15). Nuestros cuerpos resucitados serán modelados según el cuerpo resucitado de Jesús (Fil. 3:21). Es increíble imaginar que Jesús, el Eterno, quien no tenía un cuerpo físico antes de nacer a través

de María, conservará su cuerpo físico de resurrección por toda la eternidad y al mismo tiempo tiene todos los atributos de la deidad, incluida la omnipresencia.

Finalmente, hay un *sexto* punto crucial acerca del Rapto: quita *la influencia restrictiva del Espíritu del mundo*. Lo creas o no, este mundo no es tan malo como podría ser; de hecho, ni siquiera se acerca. Pero un día el mundo estará en su peor momento: una maldad desenfadada como nunca antes se había visto. Jesús lo dijo (Mateo 24:21). El mundo no es tan malo como podría ser en este momento debido al ministerio continuo del Espíritu Santo que actualmente está restringiendo el mal en la tierra a través de la conciencia, los gobiernos mundiales, la Iglesia, la oración y la influencia de Su presencia en los creyentes individuales, que son sal y luz preservadoras en un mundo corrupto (Fil. 2:15). En el futuro, el Espíritu Santo eliminará todas sus fuerzas restrictivas y dejará que el mal se descontrole. Esta eliminación se activará en el Rapto. 2 Tesalonicenses 2:7 dice: **«Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción, solo que aquel que por ahora lo detiene, lo hará hasta que él mismo sea quitado de en medio»**. Para entender cómo el Rapto desencadena un aumento del maldad en la tierra, recuerda la morada actual del Espíritu Santo, *dentro de los corazones de los creyentes* (cfr. Jn. 14:17; Ro. 8:9-11; Ef. 1:13). Con la remoción de todos los verdaderos creyentes de la tierra en el Rapto, la presencia del Espíritu (y por lo tanto Su influencia restrictiva) también será removida. En otras palabras, así como el Espíritu se va con los creyentes arrebatados en quienes mora, así

también se aparta Su restricción del mal; esa es la esencia de 2 Tesalonicenses 2:7. Y este crescendo del mal, coincidiendo con la partida del Espíritu, pone en marcha el siguiente acontecimiento en el orden de las últimas cosas por suceder: la Tribulación.

LA TRIBULACIÓN

La *Tribulación* es el período de siete años que sigue al Rapto de la Iglesia. Es un tiempo de horrible juicio traído por Dios sobre la tierra. Jesús dice de ese tiempo: **«Porque aquellos días serán de tribulación, tal como no ha acontecido desde el principio de la creación que hizo Dios hasta ahora, ni acontecerá jamás»** (Mr. 13:19). Jesús lo llamó una **«gran tribulación»** (Mt. 24:21), como lo hace el libro de Apocalipsis (7:14).

¿Cómo sabemos que la tribulación durará siete años? Recordemos la profecía de Daniel 9:24-27, del capítulo 3. Aprendimos que desde el tiempo del decreto de Artajerjes que permitiría al pueblo de Israel reconstruir Jerusalén, hasta la venida del Mesías al hacer su entrada en Jerusalén, habría una duración de 69 semanas de años, o 483 años. Pero el comienzo de esa profecía en Daniel 9:24 promete 70 «sietes» (o «semanas de años»), o 490 años, hasta que llegara el fin de todas las cosas. Esto significa que falta una «semana» de años, o siete años (una semana de años por venir). Esta es la

«**semana**» a la que se refiere Daniel 9:27, el período de siete años conocido como la Tribulación.

Se ha escrito mucho, tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento, en relación con esta tribulación de siete años. Para resumir esta información lo más concisamente posible, considera los siguientes *ocho fundamentos* para entender la *Tribulación*:

- 1) su *Propósito*;
- 2) su *Preludio*;
- 3) su *Pretendiente*;
- 4) su *Progresión*;
- 5) su *Punto de inflexión*;
- 6) su *Protección*;
- 7) sus *Peligros*; y
- 8) su *Promesa*.

Primero, consideremos el *Propósito* de la Tribulación. ¿Cuál es la intención de Dios al ordenar este período de siete años al final de los tiempos? La Biblia, de hecho, relata un *triple* propósito para la tribulación venidera. Uno de los propósitos principales de la Tribulación es que tiene la intención de ser un *tiempo de castigo para el pueblo de Israel*, descrito por el profeta Jeremías como el «**tiempo de angustia para Jacob**» (Jr. 30:7). Durante este tiempo, Dios castigará o disciplinará a Israel como

un Padre amoroso hace con Sus hijos; no será un tiempo de condenación hacia Israel. Hay una diferencia. ¿Y por qué serán castigados? Serán castigados para traerlos al arrepentimiento por su desobediencia continua contra Dios, culminando en su rechazo de Jesús como el Mesías (Lv. 26:40-45). Ezequiel 20:33-38 describe el juicio venidero de Dios contra Israel en la Tribulación:

«Vivo Yo», declara el Señor DIOS, «que con mano fuerte, con brazo extendido y con furor derramado Yo seré rey sobre ustedes. Los sacaré de entre los pueblos y los reuniré de las tierras donde están dispersos con mano fuerte, con brazo extendido y con furor derramado; y los llevaré al desierto de los pueblos y allí entraré en juicio con ustedes cara a cara. Como entré en juicio con sus padres en el desierto de la tierra de Egipto, así entraré en juicio con ustedes», declara el Señor DIOS. «Los haré pasar bajo la vara y los haré entrar en el vínculo del pacto; y separaré de ustedes a los rebeldes, a los que han transgredido contra Mí; y los sacaré de la tierra donde peregrinan, pero no entrarán en la tierra de Israel. Y ustedes sabrán que Yo soy el SEÑOR.

El segundo propósito principal de la tribulación es juzgar a *las naciones del mundo*, como castigo por su rebelión contra Dios (cfr. Ap 3:10). Isaías 13:11 es uno de los muchos pasajes que declaran el juicio escatológico de Dios contra las naciones al final de la historia del

mundo: **«Castigaré al mundo por su maldad y a los impíos por su iniquidad. También pondré fin a la arrogancia de los soberbios, y abatiré el orgullo de los despiadados».** Esto sucederá durante la Tribulación.

Pero incluso mientras Él impone Su castigo sobre un Israel incrédulo y un mundo pecaminoso, Dios muestra Su gran misericordia hasta el final. Así que, por último, hay un tercer propósito de la Tribulación: es la última vez que Dios llama a todos los pecadores al arrepentimiento, tanto a *los judíos como a los gentiles*. Apocalipsis 7 dice que durante el tiempo de la tribulación, 144,000 judíos (12,000 de cada tribu) serán testigos del evangelio al mundo. En respuesta a este testimonio, el versículo 9 declara: **«una gran multitud que nadie podía contar, de todas las naciones, de todas las tribus, pueblos y lenguas»** vendrá a la fe, muchos de los cuales serán posteriormente martirizados por la misma fe.

En cuanto al *Preludio* de la Tribulación, ¿qué inicia este período de siete años? La respuesta está en Apocalipsis 5:1-14. En este pasaje, Dios está sentado en Su trono, sosteniendo en Su mano un *rollo*, la voluntad de Dios con respecto a la consumación de Su Reino en la tierra. Como ya se mencionó en la Introducción, Dios gobierna sobre toda Su creación eternamente. Sin embargo, dentro del gobierno de Dios que todo lo abarca, Él ha permitido, por un tiempo, una pequeña pizca de rebelión en la Tierra. A la cabeza de esta rebelión está el diablo, a quien se le ha delegado autoridad limitada hasta el momento en que se

concluyan los propósitos de Dios para tal rebelión (cfr. 1 Jn. 5:19).

Ahora es ese momento. En esta escena, Jesús, el León de la Tribu de Judá, la Raíz de David, se acerca al trono de Su Padre y toma el rollo, cuyo contenido se reduce a lo que sucede desde el capítulo 6 de Apocalipsis en adelante, cuando se quitan cada uno de los siete sellos del rollo. Esta acción trascendental representa a Jesús asumiendo el control total de la Tierra, de una vez por todas. Al diablo se le permitió entrometerse por un tiempo para lograr los propósitos soberanos de Dios, pero ya no. La Tribulación es el período en el que Cristo comienza a cumplir Su papel como lo prometió en el Pacto Davídico en el que el Mesías establece Su Reino y justicia en la tierra como en el cielo.

Estamos a punto de ver lo que significa para el mundo el despliegue del rollo por parte de Cristo, pero antes de llegar a ese punto, debemos conocer al *Pretendiente* de la Tribulación, que no es otro que el *Anticristo*. En 2 Tesalonicenses 2:3-8, Pablo describe a este hombre, junto con los tiempos y eventos que lo llevaron a ascender:

Que nadie los engañe en ninguna manera, porque no vendrá sin que primero venga la apostasía y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición. Este se opone y se exalta sobre todo lo que se llama dios o es objeto de culto, de manera que se sienta en el templo de Dios, presentándose como si fuera Dios. ¿No

se acuerdan de que cuando yo estaba todavía con ustedes les decía esto? Ustedes saben lo que lo detiene por ahora, para ser revelado a su debido tiempo. Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción, solo que aquel que por ahora lo detiene [recuerda, habla del Espíritu Santo], lo hará hasta que él mismo sea quitado de en medio. Entonces será revelado ese impío, a quien el Señor matará con el espíritu de Su boca, y destruirá con el resplandor de Su venida.

Así que el «hombre de pecado», el Anticristo, viene después de que el Espíritu retire Su influencia restrictiva en el mundo. Pablo continúa escribiendo: **«La venida del impío será conforme a la actividad de Satanás, con todo poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos»** (vv. 9-10). Por lo tanto, se están produciendo simultáneamente dos acontecimientos. En el cielo, Cristo obtiene el rollo: los juicios finales que vienen sobre la tierra, que Él está a punto de desplegar, trayendo la destrucción universal. Y al mismo tiempo, en la Tierra, las cosas van de mal en peor, hasta que llega el momento en que el Anticristo se eleva a una posición de autoridad sobre todo el mundo (Dn. 11:36-45).

Llegamos ahora a la *Progresión* de la tribulación, relatada por Jesús en su discurso del Monte de los Olivos (cfr. Mt. 24, 9-35; Lc. 21:8-32; Mr. 13:5-31), y descrita con mayor detalle en Apocalipsis 6-19. Esta es

la secuencia de la Tribulación: el rollo, que Jesús sostiene, está unido por siete *sellos*. Cada uno de estos sellos representa un desarrollo distinto sobre la tierra durante la Tribulación. A medida que cada sello se abre en el cielo, ese desarrollo ocurre en la tierra. Cuando se abre el séptimo sello, provoca siete juicios de «trompetas», y el juicio de la séptima trompeta contiene siete juicios de «copas de la ira» derramadas sobre la tierra. Así que los sellos se rompen en secuencia regular, pero cuando llegas al séptimo sello, que son los juicios de las siete trompetas, el ritmo del juicio de Dios sobre la tierra se acelera. Al llegar al juicio de la séptima trompeta, que contiene las siete copas de la ira, todos los eventos se desencadenan en una sucesión rápida y fulminante.

Los juicios de los sellos

Al comenzar la Tribulación, vemos que los primeros cuatro sellos revelan cuatro caballos sucesivos, cada uno con su propio jinete, los «cuatro jinetes del Apocalipsis». Con la apertura del *primer sello* llega un jinete en un caballo blanco, sosteniendo un arco pero sin flechas. Este caballo y este jinete representan la fascinación general del mundo por la paz, independientemente de su precio o permanencia. Esta falsa paz será coordinada por una sucesión de falsos mesías (cfr. Mt. 24:3-5), que culminarán con el Anticristo.¹ Él establece una falsa paz con Israel al principio de la tribulación y pretende ofrecerle seguridad. Daniel 9:27 dice que este pacto de

protección con Israel durará una semana, entendida como un período de siete años.

Sin embargo, la ilusión mundial de paz se rompe con la apertura del *segundo sello*, que está representado por un jinete en un caballo rojo, trayendo la guerra a la Tierra. Luego se abre el *tercer sello*, y se ve a un jinete en un caballo negro, trayendo hambruna al mundo. A esto le sigue la apertura del *cuarto sello*, que revela a un jinete sobre un caballo amarillento, que lleva la muerte a una cuarta parte del mundo por una combinación de guerra, hambre, pestilencia y «fieras de la tierra» (cfr. Ap. 6:8).

Cuando Cristo abre el *quinto sello*, vemos a los santos martirizados de la Tribulación clamando a Dios para que vengue sus muertes. ¿Quiénes son estos? Recordemos que, a pesar de que la Tribulación es un tiempo de juicio de Dios sobre la tierra, el mensaje del Evangelio seguirá siendo proclamado, y muchos creerán (cfr. Ap. 7:9-17). Como se señaló anteriormente, este evangelismo será encabezado por 144,000 judíos, 12,000 de cada tribu. Ellos se convertirán al inicio de la tribulación y luego recorrerán toda la tierra como testigos del evangelio.² Estos santos del quinto sello son los conversos de la tribulación que sufren el martirio como resultado de su fe recién adoptada. Son descritos en Apocalipsis 6:9-10, clamando a Dios para vengar sus muertes. En respuesta, a cada uno se le da una vestidura blanca y se le dice que tenga paciencia por un tiempo más, hasta que se reúna el número total de mártires de la Tribulación elegidos por Dios.

Ahora, en este período entre el quinto y el sexto sello, llegamos al *Punto de Inflexión* de la Tribulación. Hasta ahora, el Anticristo ha asegurado una falsa paz para el pueblo de Israel. Pero en este momento, tres años y medio después de la Tribulación, de repente rompe esa promesa de protección e inicia una persecución contra Israel y contra todos los creyentes (Ap. 13:7). Por lo tanto, este *punto de inflexión* representa la transición de la Tribulación a la Gran Tribulación. Precisamente cuando las condiciones sobre la tierra parecen completamente sombrías, se vuelven terriblemente peores. ¿Cómo sabrá uno cuándo llega este *punto de inflexión*? Jesús advierte que vendrá **«cuando vean la ABOMINACIÓN DE LA DESOLACIÓN puesta donde no debe estar»** (Mr. 13:14). ¿Qué quiere decir?

Para entender la advertencia de Cristo, se supone que durante la primera mitad de la Tribulación, bajo la rúbrica de una «falsa paz» asegurada entre los judíos y el Anticristo (Dn. 9:27), el templo de Jerusalén será reconstruido. Allí, en este lugar sagrado de la antigüedad, del que han sido excluidos durante muchos siglos, se les permitirá a los judíos ofrecer sacrificios una vez más. Pero en este *punto de inflexión*, los sacrificios se detendrán, y el Anticristo se establecerá como el dios a ser adorado por todos (esta es la «abominación de la desolación», de la que habló Cristo en Su sermón del Monte de los Olivos; cfr. Mt. 24:15; Mr. 13:14; Dn. 12:11). Daniel 9:27 relata que a mitad de la «semana» (o período de siete años de la tribulación), «[El Anticristo] **pondrá fin al sacrificio y a la ofrenda de**

cereal. Sobre el ala de abominaciones vendrá el desolador, hasta que una destrucción completa, la que está decretada, sea derramada sobre el desolador». A partir de ese momento y hasta el tiempo de su derrota, el Anticristo no tolerará ningún otro culto que no sea hacia él mismo.

Así que el desolador es el Anticristo, y cuando profane el templo con su abominable decreto de que solo él debe ser adorado como dios, eso señalará el punto medio, o *punto de inflexión*, de la Tribulación. En ese momento, se concluyen tres años y medio; ahora quedan tres años y medio, o 42 meses (Ap. 13:5), o 1260 días (Ap. 11:3; 12:6) hasta que se cumpla el fin. En este punto medio de la Tribulación, el Anticristo dirigirá toda su furia contra los judíos (Mt. 24:15-28; Ap. 11:7; 12:17), así como contra los creyentes gentiles (Ap. 13:7). Serán masacrados en cantidades asombrosas y, al ser martirizados, se unirán a los santos de la Tribulación del juicio del quinto sello (Ap. 6:9-11). Pero podemos estar seguros de esto: Dios no permitirá que todo Israel perezca (Ap. 12:6). Como hemos visto, ellos siguen siendo Su pueblo elegido hasta el fin, porque **«los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables»** (Ro. 11:29). Dios ha prometido un Reino terrenal a Israel y, para poder heredar ese Reino, un remanente de judíos debe, por lo tanto, permanecer con vida.

Y esto nos lleva a la *Protección* de la Tribulación. Dios ha prometido que un remanente de Israel, así como creyentes gentiles que son «hijos de Abraham por la fe» (Ro. 3:29-30; Gá. 3:9, 29), sobrevivirán a las furias de la

Tribulación y a la ira del Anticristo para entrar en el Reino terrenal prometido desde la antigüedad (2 Sm. 7:12; Ro. 11:25-32). ¿Cuántos serán liberados de esta manera? Zacarías 13:8 revela: **«Y sucederá en toda la tierra», declara el SEÑOR, “que dos partes serán cortadas en ella, y perecerán; pero la tercera quedará en ella”».**

Entonces, Dios protege a este remanente de creyentes. La siguiente pregunta es: ¿cómo lo hace? Primero, Él les da *instrucciones* en cuanto a cómo responder cuando venga la Gran Tribulación. Jesús advierte a los que vivirán durante ese tiempo:

Pero cuando vean la abominación de la desolación puesta donde no debe estar (el que lea, que entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; y el que esté en la azotea, no baje ni entre a sacar nada de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva a tomar su capa. Pero, ¡ay de las que estén encinta y de las que estén criando en aquellos días! Oren para que esto no suceda en el invierno. Porque aquellos días serán de tribulación, tal como no ha acontecido desde el principio de la creación que hizo Dios hasta ahora, ni acontecerá jamás. Si el Señor no hubiera acortado aquellos días, nadie se salvaría; pero por causa de los escogidos que Él eligió, acortó los días. Entonces, si alguien les dice: “Miren, aquí está el Cristo”, o: “Miren, allí está”, no lo crean. Porque se levantarán

falsos Cristos y falsos profetas, y mostrarán señales y prodigios a fin de extraviar, de ser posible, a los escogidos. Pero ustedes, estén alerta; vean que se lo he dicho todo de antemano. (Mr. 13:14-23)

Dios da a Sus elegidos de la Tribulación esta advertencia: deben huir de Jerusalén cuando sean testigos de la «abominación de la desolación», la adoración del Anticristo en el templo.

En segundo lugar, la Biblia dice que Dios *les ayudará a huir hacia un lugar seguro de manera sobrenatural*. Apocalipsis 12:14 revela que a Israel se le darán dos **«alas de la gran águila»** para ayudarla a escapar. Este lenguaje describe cómo Dios protegerá providencialmente a su remanente escogido en su huida del peligro. Por último, ese mismo capítulo (Ap. 12) nos dice que las fuerzas del Anticristo, que vendrán como un gran diluvio en busca de Israel y de los demás creyentes, serán *tragadas sobrenaturalmente por la tierra*. De esta manera, por estos tres medios, Dios preservará con vida a un remanente de judíos y gentiles creyentes para el Reino venidero.

Volviendo a la *Progresión* de la Tribulación, recordemos el *Punto de Inflexión* previo a la apertura del juicio del sexto sello, el cual señalamos como la transición de la Tribulación a la Gran Tribulación. Es aquí donde ahora debemos abordar los *Peligros* de la Gran Tribulación. Al romperse el *sexto sello*, el texto dice:

Vi cuando el Cordero abrió el sexto sello, y hubo un gran terremoto, y el sol se puso negro como cilicio hecho de cerda, y toda la luna se volvió como sangre, y las estrellas del cielo cayeron a la tierra, como la higuera deja caer sus higos verdes al ser sacudida por un fuerte viento. El cielo desapareció como un pergamino que se enrolla, y todo monte e isla fueron removidos de su lugar. Los reyes de la tierra, y los grandes, los comandantes, los ricos, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, y decían a los montes y a las peñas: «Caigan sobre nosotros y escóndannos de la presencia de Aquel que está sentado en el trono y de la ira del Cordero. Porque ha llegado el gran día de la ira de ellos, ¿y quién podrá sostenerse?». (Ap. 6:12-17)

La situación se ha vuelto alarmante para todos aquellos que rechazan a Dios, porque saben que su perdición está cerca.

Luego viene el *séptimo sello*, y hay una pausa, que es el silencio del cielo mientras anticipa los tremendos juicios finales que Dios está a punto de desatar sobre el mundo. Estos siguen en rápida sucesión cuando siete ángeles tocan sus trompetas (Ap. 8:1-13; 9:1-21).

Los juicios de las trompetas

La *primera trompeta* suena y trae granizo y fuego mezclados con sangre sobre la tierra, y la tercera parte

de la tierra es quemada (Ap. 8:7). Suena la *segunda trompeta* y **«algo como un una gran montaña ardiendo en llamas»** es arrojado al mar, y la tercera parte del mar se convierte en sangre, la tercera parte de las cosas que viven en el mar muere, y la tercera parte de los barcos es destruida (8:8-9). Con la *tercera trompeta*, una gran estrella cae del cielo a la tierra, y contamina una tercera parte de las aguas dulces de la tierra, y muchas personas mueren a causa del agua venenosa (8:10-11). La *cuarta trompeta* suena y hiere la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, de modo que su luz se oscurece y el ciclo del día y la noche se ve alterado (8:12).

En este punto, aparece un águila clamando: **«¡Ay, ay, ay, de los que habitan en la tierra, a causa de los toques de trompeta que faltan, que los otros tres ángeles están para tocar!»** (Ap. 8:13). Suena la *quinta trompeta* y se abre el abismo para liberar hordas de demonios que vienen sobre la tierra como langostas (9:1-11). Atacarán a aquellos que no están sellados como creyentes en Dios, e infligirán tal terror y dolor que el texto dice que: **«[...] los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; y ansiarán morir, y la muerte huirá de ellos»** (9:6).

Entonces, el *sexto ángel* toca su trompeta y surge un gran ejército demoníaco que suma doscientos millones, matando a la tercera parte de la humanidad. Sin embargo, asombrosamente, incluso ante tal devastación y terror, los que quedan no se arrepentirán de sus pecados ni buscarán el perdón de Dios (Ap. 9:13-21).

Finalmente, el *séptimo ángel* toca su trompeta, y desde el cielo salen fuertes voces que anuncian: **«El reino del mundo ha venido a ser el reino de nuestro Señor y de Su Cristo. Él reinará por los siglos de los siglos»** (11:15). Y este toque de la séptima trompeta da paso a los siete juicios de las copas en rápida sucesión, que se enumeran en Apocalipsis 16.

Los juicios de las copas

La primera copa se derrama sobre la tierra y produce una *llaga maligna* sobre aquellas personas que llevan la marca de la bestia —el Anticristo— y que adoran su imagen (Ap. 16:2).³ El segundo ángel derrama su copa en el mar, y *todo ser viviente en el mar muere* (16:3). El tercer ángel entonces derrama su copa y toda el *agua dulce se convierte en sangre* (16:4).

Luego se derrama la cuarta copa, haciendo que el *sol queme a los hombres con fuego*; en respuesta, blasfeman el nombre de Dios (16:8-9). El quinto ángel derrama su copa sobre el trono de la bestia (otro nombre para el Anticristo) y *todo se oscurece*. A estas alturas, se dice que los que permanecen en la tierra se muerden la lengua por el dolor y las llagas. Pero sorprendentemente, a pesar de sus sufrimientos, no cesan de blasfemar contra Dios, ni se arrepienten de sus obras (16:10-11). El sexto ángel derrama su copa en el gran río Éufrates, el cual, curiosamente, es la frontera oriental de la tierra prometida a Israel (Gn. 15:18; Dt. 1:7; Js. 1:4). Con esto, *el agua del río se seca*, permitiendo el paso a los reyes y sus

ejércitos que llegan de Oriente, todos viniendo a hacer la guerra en Armagedón (Ap. 16:12-16).

Finalmente, el séptimo ángel derrama su copa, y una gran voz desde el trono de Dios anuncia: **«Hecho está»** (Ap. 16:17). Con este juicio vienen **«relámpagos, voces, y truenos. Hubo un gran terremoto tal como no lo había habido desde que el hombre está sobre la tierra; fue tan grande y poderoso el terremoto»** (v. 18). No solo eso, enormes granizos caen sobre la tierra, y la gente maldice a Dios porque la plaga del granizo es sumamente grande. Esta séptima copa de devastación es la culminación de la ira de Dios sobre la tierra; con ella, se concluye este terrible juicio. El Propósito, el Preludio, el Pretendiente, la Progresión, el Punto de Inflexión, la Protección y los Peligros de la Tribulación han sido ya revelados. Solo resta un rasgo más de la Tribulación: su Promesa.

¿Y cuál es la *Promesa* de la Tribulación? *La Segunda Venida de Cristo*, nuestro tema a considerar a continuación.

LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Las alusiones a la *Segunda Venida de Cristo* permean tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. De hecho, la profecía representa aproximadamente una quinta parte de las Escrituras, y aproximadamente una tercera parte de esas profecías tienen que ver con el regreso de Cristo. En total, quedan más de 200 profecías sobre el regreso de Cristo que aún no se han cumplido. Jesús mismo habla de Su regreso en 21 ocasiones distintas. Un pastor destaca el énfasis de la Segunda Venida tal como se describe en la Biblia de la siguiente manera:

La profecía ocupa una quinta parte de las Escrituras. Y de esa quinta parte, una tercera parte se enfoca en la segunda venida. Hay más de 650 profecías generales en las Escrituras, de las cuales la mitad de ellas se refieren a Cristo. Y de las 330 o más que conciernen a Cristo, 225 de ellas apuntan a Su segunda venida. De los cuarenta y seis profetas del Antiguo Testamento, menos de diez hablan de su

primera venida. Treinta y seis hablan de su segunda venida. Hay más de 1500 pasajes de las Escrituras que se refieren a la segunda venida, uno de cada veinticinco versículos de la Biblia. Por cada vez que la Biblia menciona la primera venida del Mesías, menciona Su segunda venida ocho veces. Por cada vez que la Biblia menciona la expiación, menciona Su segunda venida dos veces. Jesús se refirió a su regreso veintiún veces y más de cincuenta veces en el Nuevo Testamento se nos dice que estemos preparados para su retorno.¹

Más de 50 veces, Él les dice a sus oyentes: «¡Estén alerta!» o «¡Estén preparados!». Los cristianos necesitan vivir a la luz del regreso de Cristo. Como tal, necesitamos conocer los detalles de la Segunda Venida y sus implicaciones prácticas.

Antes de adentrarnos en una visión general de la Segunda Venida, es importante señalar algunas observaciones preliminares sobre este evento. En primer lugar, como se mencionó anteriormente, los creyentes del Antiguo Testamento no sabían nada de una «Segunda» venida del Mesías, a pesar de que el Antiguo Testamento daba detalles sobre la Segunda Venida. El problema era que las Escrituras del Antiguo Testamento no distinguían entre la primera y la segunda venida con respecto al tiempo. Los santos del Antiguo Testamento veían la venida del Mesías como un solo evento. Muchos pasajes proféticos acerca de las dos venidas las combinan o las mezclan, por lo que parecen

suceder al mismo tiempo. El ejemplo clásico de esto es Isaías 61:1-3 que describe la venida del Mesías como un evento, sin embargo, Jesús dejó en claro que los versículos 1-2a se refieren a Su primera venida con humildad y los versículos 2b-3 se refieren a Su Segunda Venida al final de la era cuando Él viene como el Rey Conquistador. Transcurren al menos 2000 años entre el versículo 2a y 2b. Esto es típico de la literatura profética en la Biblia.

La segunda verdad respecto a la Segunda Venida es que constituye el último gran acontecimiento de la historia mundial previo a la recreación de este mundo para el Reino Milenario. Todo lo que vino antes estaba conduciendo a este increíble clímax. Y finalmente, la tercera verdad básica acerca de la Segunda Venida es que Jesús ahora no viene a *salvar*, sino más bien a *juzgar*. Esto contrasta grandemente con el propósito de Su primera venida.

Así es como Pablo describe la Segunda Venida en 2 Tesalonicenses 1:7-10:

cuando el Señor Jesús sea revelado desde el cielo con Sus poderosos ángeles en llama de fuego, dando castigo a los que no conocen a Dios, y a los que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesús. Estos sufrirán el castigo de eterna destrucción, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de Su poder, cuando Él venga para ser glorificado en Sus santos en aquel día y para ser admirado entre todos los

que han creído; porque nuestro testimonio ha sido creído por ustedes.

La idea de que Cristo regrese a la tierra para vengarse de aquellos que lo rechazan contrasta con la mansedumbre y la humildad que caracterizaron su primera aparición. Con respecto a la primera venida de Cristo, las Escrituras señalan que **«No acabará de romper la caña quebrada ni apagará la mecha que apenas arde, hasta que haga triunfar la justicia»** (Mt. 12:20; Isaías 42:3; NVI). En Mateo 11:28-30, Jesús invita a todos los que están cansados y cargados a venir a Él, declarándose a sí mismo (v. 29) **«manso y humilde de corazón»**. No obstante, el segundo advenimiento de Cristo a la tierra promete ser muy distinto del primero. Mientras la Biblia nos enseña que Jesús vino una vez en ternura, nos dice que volverá en fortaleza, potencia y majestad. Si bien vino antes como Redentor, ahora regresa como un Vengador implacable y un Juez justo. En su primera venida, Jesús vino para *salvar*; en su segunda venida, Jesús viene para *castigar*.

Por tanto, constituye una concepción errónea sumamente desafortunada en el mundo actual la idea de que Jesús, incluso en su esperado retorno, sigue siendo perpetuamente un rabino benigno de túnica empolvada, expresión dócil y conducta pasiva. Eso no es en absoluto lo que la Biblia anuncia. Al contrario, está escrito que el regreso de Cristo infundirá tal temor en los corazones de quienes no han sido redimidos, que clamarán a las peñas y a las montañas: **Caigan sobre**

nosotros y escóndannos de la presencia de Aquel que está sentado en el trono y de la ira del Cordero. Porque ha llegado el gran día de la ira de ellos, ¿y quién podrá sostenerse? (Ap. 6:16-17).

A fin de abarcar todo lo que se ha escrito acerca de la segunda venida de Cristo, consideremos Su regreso examinando siete de sus características prominentes: *Sus Títulos*, Su *Tiempo*, Su *Tropa*, Sus *Tareas*, Su *Triunfo*, Su *Trono* y Su *Tribunal*.

En primer lugar, ¿cuáles son los *Títulos* del Hijo de Dios en Su retorno? A estas alturas, debería estar claro que quien regresa es el mismo Jesucristo de los cuatro Evangelios: el que nació de una virgen en Belén, murió en una cruz en el Calvario, posteriormente fue resucitado y luego ascendió al cielo. Pero es interesante notar que a Cristo se le otorgan títulos únicos específicamente para este momento de Su Segunda Venida. Uno de los pasajes más descriptivos que retratan la Segunda Venida de Cristo se encuentra en Apocalipsis 19:11-21. Aquí vemos a Jesús de Nazaret descrito como un *jinete en un caballo blanco* (v. 11). Viene como un guerrero, listo para la batalla. El mismo versículo dice que el que está sentado en el caballo es llamado **«Fiel y Verdadero»**. El Señor Jesús es fiel y verdadero en todo lo que hace y en todo lo que dice, incluyendo Su promesa de regresar y cumplir todo lo prometido con Su Segunda Venida. En el **versículo 12** dice que Cristo tiene **«un nombre escrito que nadie conoce sino Él»**. Esto es simplemente un maravilloso recordatorio una vez más de Deuteronomio 29:29,

donde declara: **«Las cosas secretas pertenecen al SEÑOR nuestro Dios»**. Hay y siempre habrá misterios acerca de Dios demasiado maravillosos para que incluso los redimidos de Dios los comprendan completamente.

Luego, el versículo 13 revela otro nombre para Cristo: **«El Verbo de Dios»**. Esta es una designación notable, porque ilustra la manera misteriosa y poderosa en que el testimonio de Cristo se encarna en la santa Palabra de Dios. Esto hace eco de la verdad del Salmo 138:2, donde dice: **«Porque [Dios] has engrandecido Tu palabra conforme a todo Tu nombre»**. La magnificencia de Dios es más evidente para nosotros en esta tierra a través de Su revelación de Sí mismo en Su Palabra (2 Pe. 1:19-21), y esta revelación fue exaltada a su nivel más alto cuando Su Palabra se manifestó en la forma de Jesucristo, el Verbo hecho carne (Jn. 1:1-3, 14; He. 1:1-3).

Finalmente, el versículo 16 dice: **«En Su manto y en Su muslo tiene un nombre escrito: «REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES»**. Cristo viene no solo como un Guerrero, sino también como Rey, que viene a heredar Su Reino prometido y a reinar sobre él.

En cuanto al *Tiempo* de la Segunda Venida, hay una idea principal que hay que entender: es un acontecimiento cierto en un tiempo incierto (cfr. Lc. 12:35-40). La llegada de Cristo es segura, y será señalada por ciertos acontecimientos en la tierra, pero se *desconoce el momento exacto*. Jesús les dijo a Sus apóstoles en Mateo 24:36: **«Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni siquiera los ángeles del cielo, ni el Hijo,**

sino solo el Padre». No obstante, aun cuando Cristo advierte a Sus seguidores que no pueden conocer la hora exacta de Su regreso, ordena a los creyentes que lo aguarden con expectación y discernan su proximidad general por medio de las señales. Jesús advierte repetidamente a Sus seguidores que estén atentos a Su retorno y que estén preparados para él (Mt. 24:42, 44; Lc. 12:40; 21:36). En otro pasaje, les advierte: **«¡Manténganse despiertos esperándolo a él!»** (Mc 13:37; NTV).

Cristo incluso ilustra la importancia de aguardar su regreso con una expectativa vigilante mediante una analogía de la higuera (Mt. 24:32-33). Dice: **«De la higuera aprendan la parábola: cuando su rama ya se pone tierna y echa las hojas, saben que el verano está cerca. Así también ustedes, cuando vean todas estas cosas, sepan que Él está cerca, a las puertas».** Luego cuenta una parábola de diez vírgenes esperando encontrarse con el novio (es decir, Cristo) (Mt. 25:1-13). Cinco eran sabias y llevaban frascos de aceite junto con sus lámparas, mientras que cinco eran insensatas y no traían aceite extra. Cuando el novio se retrasó, las vírgenes insensatas, cuyo suministro de aceite se estaba agotando, se vieron obligadas a partir en busca de más aceite para sus lámparas. Cuando el novio finalmente llegó a la medianoche, las vírgenes insensatas no estaban presentes para darle la bienvenida y fueron excluidas del banquete de bodas (es decir, el Reino de Cristo). Jesús termina la parábola exhortando a sus oyentes: **«Velen, pues no saben ni el día ni la hora»** (25:13).

En otros lugares, la Biblia nos dice que debemos aguardar (Fil. 3:20; Tit. 2:13), orar por (Ap. 22:20) y esperar (1 Co. 1:7; 1 Ts. 1:10) el regreso de Cristo. Así que, aunque es inútil e incluso insensato especular sobre la hora exacta de la Segunda Venida de Cristo, debemos comprender que es igualmente insensato pasar por alto las estaciones y los sucesos que anunciarán Su regreso.

¿Qué hay de la «*Tropa*» de Cristo? Es decir, ¿quién viene detrás de Él? Como ya se señaló (2 Ts. 1:7), Cristo vendrá con Sus ángeles (Mt. 25:31). En Mateo 16:27, Jesús declara: **«Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de Su Padre con Sus ángeles [...]»**. Marcos 8:38 dice que Él vendrá, **«en la gloria de Su Padre con los santos ángeles»**. De modo que el Señor regresa con Sus ángeles, como es de esperar. Pero observemos quién lo acompaña también: *¡Sus santos*, aquellos que son Sus redimidos, Sus resucitados! ¿Recuerdas que desde el momento del Rapto en adelante, los seguidores de Cristo estaremos siempre con Él (1 Ts. 4:17)? Bueno, ¡eso incluye el tiempo de Su glorioso regreso para establecer Su Reino sobre la tierra! Zacarías 14:5, hablando del día en que Cristo regrese, dice: **«Entonces vendrá el SEÑOR mi Dios, y todos los santos con Él»**. Judas 14 dice del regreso de Cristo: **«Miren, el Señor viene con millares y millares de sus santos»** (NVI). 1 Tesalonicenses 3:13 exhorta al lector a abundar en amor, **«a fin de que Él afirme sus corazones irrepreensibles en santidad delante de nuestro Dios y Padre, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos Sus santos»** (énfasis añadido). Y

observemos cómo se describe a los santos de Cristo en Apocalipsis 19:14, apareciendo como **«los ejércitos que están en los cielos, vestidos de lino fino, blanco y limpio, [siguiéndolo] sobre caballos blancos»**. Esos son los ángeles de Cristo y Sus santos, preparados para maravillarse ante Su regreso triunfal.

En cuanto a las *Tareas* de Cristo cuando Él venga, las Escrituras señalan dos en particular: Él viene a vencer a Sus enemigos, y luego a asignarles Su castigo. En otras palabras, Cristo viene primero como Conquistador y luego como Juez. Podríamos decir entonces que, dentro del concepto de las *Tareas* de Cristo en Su regreso, se encuentran Su *Triunfo* y Su *Tribunal*.

En primer lugar, Cristo viene a *triunfar*. Y esto significa que Él viene a hacer la guerra contra las naciones de la tierra, aquellas que se han rebelado contra Él y han seguido al Anticristo y a su falso profeta (Ap. 13:1-18). ¿Qué naciones son estas?

En Daniel 2 y de nuevo en Daniel 7, Daniel profetiza cuatro reinos gentiles que reinarían sucesivamente sobre la tierra: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Los tiempos de estos reinos gentiles comenzaron en el año 605 a. C., cuando las fuerzas de Babilonia, dirigidas por Nabucodonosor, conquistaron Jerusalén. Desde entonces, varios usurpadores de una forma u otra han presidido Jerusalén y la tierra prometida a Israel. Pero estos días de los gentiles están a punto de llegar a su fin, tal como Jesús ha prometido (cfr. Lc. 21:24).

Las fuerzas que se alinearán contra Dios representarán una reconstitución, o una reconfiguración, de ese cuarto

reino, el reino de Roma (Dn. 7:24; Ap. 17:12), con el Anticristo a la cabeza. Los ejércitos rebeldes se reunirán alrededor de Armagedón (Ap. 16:16), a unos noventa y siete kilómetros al norte de Jerusalén, pero la batalla se extenderá con furor por toda la tierra. Así describe Dios la ejecución triunfal de Cristo sobre Sus enemigos en el Armagedón:

El ángel metió su hoz sobre la tierra, y vendimió los racimos de la vid de la tierra y los echó en el gran lagar del furor de Dios. El lagar fue pisado fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre que subió hasta los frenos de los caballos por una distancia como de 320 kilómetros. (Ap. 14:19-20)

En cuanto a un relato más detallado de la batalla, Apocalipsis 19:11-21 la describe de esta manera: **«Vi el cielo abierto, y apareció un caballo blanco. El que lo montaba se llama Fiel y Verdadero. Con justicia juzga y hace la guerra»**. Aquí vemos las dos tareas de Cristo: hacer la guerra a Sus enemigos y juzgar a los que somete. Los versículos 12-13 dicen:

Sus ojos son una llama de fuego, y sobre Su cabeza hay muchas diademas. Tiene un nombre escrito que nadie conoce sino Él. Está vestido de un manto empapado en sangre, y Su nombre es: El Verbo de Dios.

Esto describe el semblante feroz de Cristo, junto con Sus majestuosos títulos. No solo eso, sino que lo vemos vistiendo un manto **«empapado en sangre»**. La sangre proviene de la guerra contra Sus enemigos mientras Él los pisotea como uvas en **«el lagar del vino del furor de la ira de Dios Todopoderoso»** (19:15).

Consideremos ahora el versículo 15:

De Su boca sale una espada afilada para herir con ella a las naciones y las regirá con vara de hierro. Él mismo pisa el lagar del vino del furor de la ira de Dios Todopoderoso.

Esto coincide con la predicción de 2 Tesalonicenses 1:7-8, donde habla del regreso de Cristo en llama de fuego, infligiendo venganza sobre aquellos que lo rechazan como su Salvador y Señor.

Volvamos ahora a Apocalipsis 19:17-18:

Vi a un ángel que estaba de pie en el sol. Clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: «Vengan, congréguense para la gran cena de Dios, para que coman carne de reyes, carne de comandantes y carne de poderosos, carne de caballos y de sus jinetes, y carne de todos los hombres, libres y esclavos, pequeños y grandes».

Zacarías 14 describe esta misma batalla seiscientos años antes de que el apóstol Juan escribiera su descripción en el libro de Apocalipsis. Zacarías escribe que cuando

Cristo regrese para la batalla en ese día, Sus pies estarán sobre el Monte de los Olivos, al este de Jerusalén (vv. 3-4). Al tocar tierra, el Monte de los Olivos se partirá en dos de este a oeste, creando un amplio valle por el que correrán las aguas (vv. 4, 8). Zacarías continúa contando cómo los enemigos de Cristo se pudrirán estando aún de pie; tal será el terror y pánico que les sobrevendrá ante el espectáculo del regreso de Cristo. De hecho, el profeta describe cómo los enemigos de Cristo se atacarán y destruirán unos a otros (vv. 12-13).

Ahora, regresando a Apocalipsis, así es como Juan concluye su crónica de la batalla:

Entonces vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer guerra contra Aquel que iba montado en el caballo blanco y contra Su ejército. Y la bestia fue apresada, junto con el falso profeta que hacía señales en su presencia, con las cuales engañaba a los que habían recibido la marca de la bestia y a los que adoraban su imagen. Los dos fueron arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre. Los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca de Aquel que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de sus carnes (19:19-21).

Así que Jesucristo regresa para triunfar sobre Sus enemigos. Él vence decisivamente a todos Sus oponentes. Nunca tuvieron oportunidad alguna. Y una vez que ha triunfado, está listo para juzgar.

Respecto a este juicio, es importante comprender dónde ocurre: en el *Trono* de Cristo. Mateo 25:31 dice que, **«cuando el Hijo del Hombre venga en Su gloria, y todos los ángeles con Él, entonces Él se sentará en el trono de Su gloria»**. ¿Y qué es particularmente significativo sobre este trono? **«[...] y el Señor Dios le dará el trono de Su padre David»** (Lc. 1:32). Jesús es quien heredará y ocupará el trono real de David, en Jerusalén.

Desde Su trono en Jerusalén, Cristo Jesús presidirá un *Tribunal*, el cual Él describe en Su Sermón del Monte de los Olivos (Mt. 24:3-25:46). Esto a veces se conoce como el *Juicio de las Naciones*, aunque los veredictos están dirigidos a individuos y no a las naciones en su conjunto. Es importante notar que este juicio debe distinguirse del Juicio del Gran Trono Blanco, el cual sucederá más adelante. En este *Tribunal*, en el tiempo entre la Segunda Venida de Cristo y Su Reino Milenario, los sobrevivientes de la Gran Tribulación y de la guerra de Armagedón se presentan ante el Cordero sentado en Su trono. Muchos enemigos de Cristo habrán perecido durante la Gran Tribulación, y muchos creyentes habrán sido martirizados (Ap. 6:9-11; 13:7; 17:6). Pero también habrá sobrevivientes, incluyendo tanto a los enemigos de Cristo como a Sus redimidos, aquellos a quienes Dios protegió de los peligros de la tribulación.

En este momento, los que sobrevivieron a la tribulación y a la Segunda Venida comparecen ante el tribunal de Cristo. Jesús dice que colocará a las «ovejas», Sus redimidos, a su derecha, y los «cabritos», los que se

rebelaron contra Él, a su izquierda (Mt. 25:31-46). A las ovejas a su derecha, les dirá: **«Vengan, benditos de Mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la fundación del mundo»** (25:34). La herencia del Reino es para aquellos que son benditos de Dios, aquellos cuyas obras dan evidencia de la gracia salvadora de Dios en sus vidas (vv. 35 y 36). Pero a los cabritos a Su izquierda les dirá: **«Apártense de Mí, malditos, al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles»** (v. 41).

¿Notamos algo ahora? El fuego eterno estaba preparado para el diablo y sus demonios. Nunca fue la *intención* de Dios que alguien se uniera a ellos allí. En otras palabras, el infierno no está hecho para la humanidad, y Dios nunca predestinó a ningún ser humano a ir allí. Sin embargo, ese es el destino de todos los que no se arrepienten y creen en el Hijo de Dios: morirán en sus pecados (cfr. Jn. 8:24). Aquellos que consciente y deliberadamente rechazan a Cristo enfrentan el mismo destino que el mismo Satanás: la condenación eterna en el infierno, una perspectiva muy aterradora. Jesús concluye entonces Su profecía sobre este futuro tribunal con estas palabras: **«Estos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna»** (Mt. 25:46).

EL REINO MILENARIO

Aquí es donde hemos llegado hasta ahora en nuestra visión general del orden de las últimas cosas. El *Rapto* reunirá tanto a los muertos como a los vivos de la era de la Iglesia con Cristo. Luego sigue la *Tribulación*, cuando Dios derramará Su ira sobre la Tierra en una serie de terribles juicios. La Tribulación terminará con la *Segunda Venida* del Señor Jesucristo, cuando Él triunfará sobre las fuerzas del mal y reunirá a todos ante Su trono para separar a los justos de los injustos. Así comienza el reinado milenario de Cristo en la tierra.

Hagamos aquí un recuento de los que para este momento están con Cristo. Estos son: Su *Iglesia resucitada*, cuyos miembros han sido trasladados a sus cuerpos glorificados y eternos (1 Ts. 4:17). También incluyen a los *santos del Antiguo Testamento*, cuyas almas han sido unidas con sus cuerpos de resurrección eterna previo a la Segunda Venida de Cristo (Is. 26:19-20; Dn. 12:1-2; Jn. 5:29; Jud. 14; Ap. 20:4-6). Todos estos vienen detrás de Cristo (Ap. 19:14) mientras Él regresa a la Tierra para encontrarse con los Suyos que

sobrevivieron a la Gran Tribulación: tanto judíos como gentiles. Estos son los «santos de la Tribulación», que pusieron su fe en Cristo aun cuando los peligros de la tribulación estaban rugiendo a su alrededor. Todavía están en forma humana, esperando la entrada en el Reino Milenario.

Es hacia este último grupo, los «santos de la Tribulación», a quienes ahora dirigimos nuestra atención, y especialmente a la parte judía de estos sobrevivientes creyentes. *¡Este es el tan esperado remanente de Israel!* Estos conversos judíos sobrevivientes representan la porción final del verdadero pueblo del pacto de Dios, del que se habla desde hace mucho tiempo (Is. 10:20-23). Dios los protegió durante Su juicio sobre la tierra, y ahora están situados para heredar el Reino que se les prometió. De este remanente de Israel, el apóstol Pablo escribe:

Así, todo Israel será salvo, tal como está escrito: «El Libertador vendrá de Sión; Apartará la impiedad de Jacob. Y este es Mi pacto con ellos, cuando Yo quite sus pecados». (Ro. 11:26-27)

¡Este es el Nuevo Pacto de bendición siendo cumplido, descrito en Jeremías 31 y Ezequiel 36! ¡Esta es la promesa de una nueva naturaleza que lava a este remanente de los elegidos de Dios! Aquí vemos el cumplimiento de Zacarías 12:10 y Zacarías 13:1: un remanente escogido de Israel lamentándose por el

Mesías que rechazaron. Cuando lo hacen, Dios libera una fuente espiritual para limpiarlos de su pecado y hacerlos aptos para Su gloriosa presencia. Se les da una nueva naturaleza de arrepentimiento, y sus corazones ahora abrazan al Salvador que sus antepasados rechazaron. Con esta regeneración del Nuevo Pacto, estos creyentes judíos, el remanente profetizado, entrarán en su prometido Reino terrenal con Cristo como su Señor; este Reino es conocido como el Milenio.

Antes de examinar las principales características del Reino, conviene tomar algunas notas. El tema de un reino en la Tierra fue introducido por Dios cuando creó a Adán y Eva: les dijo que **«gobiernen sobre [la tierra]»** (Gn. 1:28; NTV). La promesa del reino terrenal se formalizó con Israel en la promesa de Dios al rey David (2 Sm. 7:12-13). Jesús vino predicando **«el reino de Dios»** (Lc. 4:43) y oró para que se estableciera en la tierra (Mt. 6:10). Al apóstol Juan se le dio información adicional en Apocalipsis para desarrollar aún más, a través de la revelación progresiva, el plan de Dios para establecer la plenitud de Su Reino en la tierra. El Apocalipsis revela la nueva verdad de que el reino en la tierra durará 1000 años (Ap. 20:1-6), una verdad desconocida en el Antiguo Testamento e incluso durante el ministerio de Jesús. «Milenio» es una combinación de dos palabras latinas, *mille* que significa «mil» más *annum* que significa «año».

La Redención de un Juramento

Así que este es el primer punto a notar acerca del Reino Milenario, el reinado de mil años de Cristo sobre la tierra que sigue a Su regreso: la *Redención de un Juramento Jurado*, la culminación del juramento de Dios de cumplir Sus promesas del pacto.

Con la llegada del Reino Milenario a la tierra, Dios completa Su pacto con la nación de Israel, cumpliendo el juramento que le hizo (2 Sm. 7:12-13, 16; He. 6:13-20). ¿Y cuál fue ese juramento? El juramento de Sus promesas del pacto, que Él juró a Abraham y a David, y Su promesa de salvación del Nuevo Pacto que Él dio a Israel a través de los profetas Jeremías y Ezequiel. Recordemos el capítulo 2: cómo Dios ha prometido a Su pueblo escogido de Israel la condición de nación que bendecirá a todas las demás naciones, con una tierra de fronteras terrenales y un Reino con un Rey gobernando en Jerusalén. Con la llegada del Reino Milenario, todas estas promesas se cumplen.

Es imperativo entender esto, porque si Dios no cumple Sus promesas de pacto con Israel, ¿sobre qué base cumplirá las promesas que hace a quienes creen en Él ahora? En otras palabras, ¿sobre qué fundamento puede la Iglesia confiar en que Dios cumplirá Sus promesas para con *ella*, si no cumple de igual manera todas Sus promesas para con *Israel*? Pero Dios es digno de confianza, y Él cumple *todas* Sus promesas: tanto a Su Iglesia como a Israel (Ez. 36:22). Romanos 11:29 declara: **«los dones y el llamamiento de Dios son**

irrevocables». 1 Samuel 12:22 nos dice que Dios no abandonará a Su pueblo escogido Israel, porque Su gran nombre está en juego.

Así que vemos que, tal como Dios predijo, un endurecimiento parcial y temporal vino sobre Israel después de su rechazo y crucifixión del Mesías (Ro. 11:25). Como Pablo explica en Romanos 11, ese endurecimiento parcial del corazón de Israel permite que aquellos que son gentiles, aquellos que nacen fuera de los juramentos del pacto de Dios a Israel, se conviertan en hijos de Abraham por la fe (Gá. 3:9, 29). Estos gentiles, *hijos de Abraham por la fe*, participan así de todas las bendiciones terrenales y espirituales prometidas a Israel, *pero no con la exclusión de un remanente del Israel étnico!*

La Remoción de la Serpiente

Esta es, pues, la primera de *siete características*¹ del Reino Milenario, la *Redención de un Juramento*. A continuación, Dios procede con la *Remoción de la Serpiente*. Observemos la descripción de Juan en Apocalipsis 20:1-3:

Vi entonces a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en su mano. El ángel prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Lo arrojó al abismo, y lo encerró y puso un sello sobre él para que no engañara más a las naciones, hasta que se cumplieran los

mil años. Después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.

En la inauguración del Reino Milenario, Dios capturará y encarcelará a Satanás por mil años. Esta es una condición previa necesaria para Su Reino, porque si el Reino ha de ser de Cristo, entonces Su gran enemigo debe ser eliminado como una amenaza (Sal. 110:1; He. 10:13). En otras palabras, no puede haber mil años de paz y justicia en la tierra si el diablo anda al acecho buscando a quién devorar (1 Pe. 5:8), por lo que Dios lo confina por un tiempo.

Pero créanlo o no, el encarcelamiento de Satanás no es el fin del pecado en la tierra. Y eso es porque Satanás no es el responsable por el pecado; *la pecaminosidad innata dentro de la naturaleza humana es la responsable por el pecado* (Ro. 3:9; 5:12). Satanás no puede iniciar ningún pecado por sí mismo; él sólo crea un ambiente que predispone al pecador a pecar. Así que, como pronto veremos, aunque Satanás es removido durante el Reino Milenario, el pecado se sigue filtrando en los corazones de los humanos.

El Reinado del Hijo

Después de la *Redención de un Juramento* y la *Remoción de la Serpiente*, viene el *Reinado del Hijo*. En Su Reino Milenario, Jesús ejercerá un dominio indiscutible sobre toda la tierra desde Su trono en Jerusalén, ejecutando Su gobierno con una **«vara de hierro»** (Ap. 19:15),

exactamente como se profetizó en el Salmo 2:9. Un juicio rápido y justo procederá de Cristo contra cualquier rebelión manifiesta. Su gobierno será supremo e indiscutible.

¿Por qué es imperativo que Cristo regrese en forma corporal y gobierne sobre la tierra? Como se discutió en la Introducción, toda la creación siempre ha estado bajo el control soberano de Dios y sujeta a Su gobierno. Pero desde la caída de Adán y Eva, también ha estado bajo el dominio del pecado y bajo el gobierno provisional del diablo (cfr. Jn. 14:30; 1 Jn. 5:19). Desde el tiempo de la primera transgresión, este mundo ha tenido un usurpador presidiendo en lugar de su legítimo Gobernante. Pero con la llegada del Reino Milenario, todo eso cambia. El mundo recupera a su legítimo Gobernante. Algunos cristianos niegan que Jesús reinará en la tierra sobre un reino físico. Pero la Biblia enseña claramente que el Mesías reinará literalmente en la tierra (Sal. 2:6-9; 89:20-29). Zacarías dice del regreso del Mesías: **«El SEÑOR será Rey sobre toda la tierra»** (14:9) y Su trono estará en **«Jerusalén»** (v. 4). Él gobernará en **«el trono de David»** (2 Sm. 7); el trono de David estaba en la tierra, no en el cielo. Gabriel le recordó a María esta profecía, prometiéndole que su Hijo algún día asumiría el gobierno del trono de David (Lc. 1:32-33). Lucas y María, sin duda, entendieron que esta profecía se cumpliría literalmente en la tierra.

¿Por qué tiene que volver Cristo a gobernar sobre esta tierra? Para que Él tenga la última palabra. Si la Segunda Venida simplemente se mezclara con el estado

celestial eterno, entonces podría decirse que el pecado destruyó el mundo más allá de la capacidad de Dios para repararlo. Podría decirse que Dios pudo haber ganado la batalla de Armagedón, pero el diablo ganó la guerra al cumplir su propósito: corromper irreparablemente lo que Dios había creado.

Por consiguiente, Jesús debe regresar a una Tierra reconstituida y gobernarla como Su Reino perfecto; uno en el que prevalezcan todas las maravillas del amor, el gozo, la paz, la generosidad, la belleza, la armonía, la justicia, la rectitud y la bondad. Es solo de esta manera que el Hijo demuestra, de una vez por todas, que no solo conquistó el pecado y la muerte con Su triunfo en la cruz, sino que con Su Segunda Venida y Su Reino Milenario, también triunfa ampliamente sobre todas las obras del diablo. 1 Juan 3:8 dice: **«El Hijo de Dios se manifestó con este propósito: para destruir las obras del diablo»**, y con el Reino Milenario de Cristo, esto finalmente se logra. Al volver a gobernar en una tierra divinamente reconstituida, Cristo demuestra que todos los planes de Satanás finalmente no logran empañar o manchar el mundo de Dios.

La Resurrección de los Sufrientes

Llegamos ahora a la *Resurrección de los Sufrientes*, aquellos que son los mártires de la Tribulación. Ya hemos relatado la llegada al Reino de la Iglesia arrebatada y de los santos del Antiguo Testamento, viniendo en pos de Cristo con sus cuerpos resucitados. Y hemos hablado de

esos creyentes que sobreviven a la Tribulación, las ovejas ante el trono de Cristo, que son declarados justos y bienvenidos en el Reino en sus cuerpos aún mortales. Ellos aún no han sido glorificados (es decir, hechos eternamente perfectos e inmortales); sino que entran en el Reino en forma humana terrenal y «mortal».

Queda un grupo por considerar: aquellos que fueron asesinados por su fe durante la Tribulación, los llamados *mártires de la Tribulación*. Estos son de quienes habló el juicio del quinto sello, cuando sus clamores por venganza se elevaron como una oración ante Dios. A cada uno se le dio una vestidura blanca y se les dijo que tuvieran paciencia hasta que se completara el número final de los mártires elegidos por Dios (Ap. 6:9-11). Es a este grupo al que se se refiere a continuación Apocalipsis 20, comenzando en el versículo 4:

También vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que se les concedió autoridad para juzgar. Y vi las almas de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y a los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido la marca sobre su frente ni sobre su mano. Volvieron a la vida y reinaron con Cristo por mil años.

Así, el último grupo de los redimidos de Dios, los mártires de la Tribulación, son ahora resucitados al comienzo del Milenio, para que también puedan participar en el reinado de Cristo sobre la tierra. Con

esto vemos que Dios no olvida a ninguno de los suyos, sino que cumple Su promesa a todos Sus elegidos, una promesa de resurrección final a la vida y bendición en Su Reino (Jn. 6:40, 57; 1 Co. 15:22). Y no perdamos de vista esta extraordinaria implicación: por lo tanto, *todos* los santos de Dios participan no solo en el eterno Reino celestial que vendrá, ¡sino también en el Reino Milenario y terrenal! Ahora podemos ver que las promesas que Dios hizo a su pueblo escogido, Israel, finalmente se extienden a todos los que son de Dios. Gálatas 3:29 proclama: **«Y si ustedes son de Cristo, entonces son descendencia de Abraham, herederos según la promesa»**. ¡Y como «herederos según la promesa», todos los redimidos de Dios en Cristo participan de los gozos y maravillas del Reino terrenal prometido a Israel!

Por supuesto, esto fue proclamado en muchos lugares a lo largo del Antiguo Testamento, donde Dios promete la salvación y la bendición del Reino no solo para el pueblo de Israel, sino también para la gente en todas partes. Recordemos cómo Dios le dijo a Abraham que su descendencia sería una bendición para *todas* las naciones (Gn. 22:18). E Isaías escribe acerca de la venida de Cristo:

Poca cosa es que Tú seas Mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel. También te haré luz de las naciones, para que Mi salvación alcance hasta los confines de la tierra. (Is. 49:6)

Pablo cita al profeta Oseas del Antiguo Testamento en Romanos 9:25-26 (citando de Oseas 2:23):

A los que no eran Mi pueblo, llamaré: «pueblo Mío», y a la que no era amada: “amada mía”. Y sucederá que en el lugar donde se les dijo: «Ustedes no son Mi pueblo», allí serán llamados hijos del Dios viviente.

En Romanos 15:8-12, Pablo demuestra la manera integral en que Dios profetiza la salvación de los gentiles a lo largo del Antiguo Testamento. Cita la Ley (Dt. 32:43), los Profetas (Is. 11:1; 10) y los Salmos (117:1) para reforzar este punto: Dios nunca tuvo la intención de que los judíos fueran el fin de Su bendición. Más bien, todo el tiempo Dios planeó que ellos fueran el medio por el cual Él traería Su bendición al mundo.

El Reinado de los Santos

La Resurrección de los Sufrientes nos lleva ahora al *Reino de los Santos*. Juan escribe en Apocalipsis 20:4: **«También vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que se les concedió autoridad para juzgar»**. Aquí se nos presenta la idea de la autoridad de Cristo dada a Sus santos para mediar Su gobierno en todo Su Reino. Entonces, ¿quiénes son estos santos que gobernarán en el Reino Milenario?

Sabemos que esto incluye a los Apóstoles de Cristo. Jesús dice en Mateo 19:28:

En verdad les digo que ustedes que me han seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de Su gloria, ustedes se sentarán también sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Pero estos gobernantes entronizados incluyen más que solo a los Apóstoles. En Apocalipsis 2:26-27 Jesús dice:

Al vencedor, al que guarda Mis obras hasta el fin, LE DARÉ AUTORIDAD SOBRE LAS NACIONES; Y LAS REGIRÁ CON VARA DE HIERRO, COMO LOS VASOS DEL ALFARERO SON HECHOS PEDAZOS, como Yo también he recibido autoridad de Mi Padre.

Así que no solo los Apóstoles, sino también *todos los santos* resucitados de Cristo (es decir, los creyentes de la Era de la Iglesia, del Antiguo Testamento, los mártires de la tribulación) ahora en sus cuerpos glorificados y eternos, gobernarán sobre la tierra con Él. Ellos mediarán el gobierno de Dios con un juicio perfecto, porque su autoridad derivará del Hijo, quien a su vez recibe Su autoridad del Padre (Mt. 11:27; 28:18; Jn. 4:34).

El concepto de dominio perfecto sobre toda la tierra es completamente extraño en el mundo de hoy, porque todos los niveles de autoridad en el mundo de hoy están corrompidos por la pecaminosidad de los humanos. Por lo tanto, hemos llegado a esperar gobernantes imperfectos que administran reglas imperfectas con un

efecto imperfecto. Pero ese no será el caso en el Reino Milenario. En cambio, toda autoridad será justa, recta y verdadera. Los santos resucitados de Cristo administrarán un gobierno perfecto a Su servicio sobre toda la Tierra. Es con esto en mente que Pablo reprende a la iglesia de Corinto por sus quejas triviales unos contra otros. Les dice que olviden sus preocupaciones insignificantes, recordándoles: **«¿O no saben que los santos han de juzgar al mundo?»** (1 Co. 6:2).

Llegados a este punto, uno podría preguntarse sobre las características del Reino Milenario, sobre el cual gobernarán los santos resucitados. En otras palabras, ¿cómo será el Reino?²

(1) *Políticamente*, Israel será restaurado a la tierra prometida a Abraham, y será la nación que lidere el mundo. Cristo se sentará en el trono de David en la ciudad restaurada de David, Jerusalén. A partir de ahí, Cristo gobernará universalmente, con Sus santos que se sentarán con Él en Su trono (Ap. 3:21), funcionando como Sus corregentes, **«y reinarán sobre la tierra»** (Ap. 5:10). Esto cumple la profecía hecha por Daniel: **«Y la soberanía, el dominio y la grandeza de todos los reinos debajo de todo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo»** (7:27). Y como se señaló anteriormente, el gobierno de Cristo será absolutamente recto, justo y verdadero.

(2) *Espiritualmente*, todo Israel se convertirá y adorará a Cristo el Cordero. Y no solo Israel, sino *todas* los que entren en el Reino Milenario, judíos y gentiles por igual, serán seguidores redimidos de Cristo. Así, todos los que

entren en el Reino Milenario glorificarán a Cristo en Su trono. No habrá religión falsa, porque Satanás, la fuente de toda falsedad (Jn. 8:44), habrá sido removido.

(3) *Físicamente*, la maldición de Dios sobre la tierra será quitada. El desierto florecerá como una rosa (Is. 35:1). Los arroyos correrán hacia el desierto (Sal. 107:35; Is. 41:18). Todo un valle se abrirá en la tierra de Israel y se llenará de agua (Jl. 3:18). Habrá comida en abundancia (Jl. 2:24), y a nadie le hará falta. Habrá salud, sanidad y larga vida (Is. 65:19-20).

En resumen, la Tierra será restaurada a una especie de estado previo a la Caída, como el Edén. Como era antes de la entrada del pecado, ya no habrá más caza: **«El lobo morará con el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito»** (Is. 11:6). Los desastres naturales serán cosa del pasado: no más terremotos, no más tornados, no más huracanes, no más miedo a tragedias imprevistas. El mundo ha estado anhelando tal restauración por siglos (Ro. 8:20-22), y la Palabra de Dios asegura que está por venir.

Pero este tiempo de restauración sobre la tierra no ocurrirá sino hasta que todos los eventos antecedentes en el *ordo eschaton* (los sucesos de los últimos días) hayan tenido lugar. Es decir, los seres humanos no están colaborando actualmente con Dios para lograr una especie de perfección progresiva que culmine, finalmente, en el regreso de Cristo y el cumplimiento del Reino. Las condiciones no están pasando de lo bueno a lo mejor y de ahí a lo perfecto, como creerían los partidarios del posmilenialismo. Tal pensamiento no

solo pone a prueba la credulidad ante la creciente disipación de la humanidad, sino que, lo más importante, contradice lo que la Biblia dice sobre los últimos días (2 Ti. 3:1-5).

Así que cuando escuches de aquellos que aspiran a «colaborar» con Dios para traer la perfección del Reino, pregúntate esto: ¿Quién maldijo la tierra en el principio (Gn. 3:17-19; 5:29)? ¿Y quién traerá la destrucción sobre la tierra en el final (2 Pe. 3:10)? La Biblia nos asegura que nada le sucede a esta tierra fuera de la determinación providencial y soberana de Dios. Por lo tanto, Dios no tiene ningún socio para llevar a cabo el cumplimiento del Reino (Hch. 17:25). Solo Él establecerá Su Reino cuando envíe a Su Hijo como Rey, y esto sucederá solo después de que Su juicio haya caído sobre la tierra.

El Regreso de Satanás

Al final de mil años, en medio de esta dicha de perfección terrenal, ocurre el *Regreso de Satanás*. Apocalipsis 20:7-8 dice: **«Cuando los mil años se cumplan, Satanás será soltado de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro extremos de la tierra [...]»**. Esto sigue a la declaración anterior de Juan en Apocalipsis 20:3, de que después de los mil años, Satanás **«debe ser desatado por un poco de tiempo»**.

¿Por qué? Una vez que ha sido encarcelado y recluido durante el Reino Milenario, ¿por qué debe Satanás ser soltado de regreso a la tierra? Respuesta: porque Dios

debe confrontar la oposición encubierta que aún resta contra el Señor Jesucristo. Recordarán que en el advenimiento del Reino Milenario, los únicos mortales que entran en el Reino son las «ovejas» de Cristo, esos verdaderos creyentes que sobreviven a la Tribulación. Pero es importante notar que el hecho de que sean creyentes no significa que se hayan despojado de su naturaleza pecaminosa. Recordemos que todos los que siguen la línea de Adán están manchados por el pecado (Ro. 5:12), y esto abarca incluso a aquellos que son bienvenidos por Cristo en Su Reino perfecto. A medida que estos creyentes entran y comienzan a poblar el Reino Milenario, su naturaleza pecaminosa se propaga también a las generaciones sucesivas. Así, aunque todos los que entren en el Reino serán verdaderos creyentes, lamentablemente no todos sus descendientes lo serán. De hecho, para el final de los mil años, Juan escribe que habrá un enorme número de incrédulos, todos viviendo en una rebelión encubierta contra Dios (Ap. 20:8-9; véase abajo).

Exteriormente, estos incrédulos se verán obligados a conformarse al gobierno de Cristo durante Su reinado. Como ya hemos señalado, las expresiones abiertas de rebelión contra Su gobierno serán aplastadas de inmediato (Sal. 2:9; Ap. 2:27; 19:15). Pero *internamente*, estos rebeldes albergarán pecado en sus corazones. Rechazarán a Cristo y resentirán Su gobierno. Así, cuando Satanás es desatado después de mil años, estos rebeldes están más que dispuestos a ponerse bajo su égida, sin saber que todos los que componen esta

oposición latente pronto serán destruidos. Esto es simplemente una prueba más de la corrupción innata dentro del corazón de la humanidad. Jesús dice: **«Y este es el juicio: que la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la Luz, pues sus acciones eran malas»** (Jn. 3:19). Aquí se tiene, en el Reino Milenario, la tierra tal como fue creada para ser, con la Luz del Mundo (Jn. 1:9; 8:12) reinando en Jerusalén. Y la gente se rebelará.

La Revuelta de la Sociedad

De modo que el regreso de Satanás conduce, por último, a la última *Revuelta de la Sociedad*. Apocalipsis 20:8 dice que Satanás:

saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro extremos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunir las para la batalla. El número de ellas es como la arena del mar.

Observemos esa última descripción. Dice que el número de rebeldes **«es como la arena del mar»** (20:8). Esta realidad fue señalada anteriormente: para el fin del milenio, esta rebelión latente se extenderá hasta involucrar a muchos de los que están en la Tierra al final del Reinado Milenario de Cristo. Todos estos caerán bajo el engaño y el control de Satanás mientras los reúne para luchar contra las fuerzas de Dios.

Continuando en Apocalipsis 20:9: **«Y subieron sobre la anchura de la tierra, rodearon el campamento**

de los santos y la ciudad amada». Aquí vemos a las fuerzas de Satanás, dispuestas para la batalla alrededor de Jerusalén. ¿Y qué sucede? El texto dice:

Pero descendió fuego del cielo y los devoró. Y el diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta. Y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (vv. 9-10).

Ese es el fin de Satanás. Ese es el fin de toda blasfemia, de toda desobediencia, de todo pecado, de toda maldad. A partir de ese momento, todo lo que se conocerá es la bondad y la justicia para siempre. Observemos un detalle fascinante acerca del fuego que desciende del cielo: se trata de un fuego de naturaleza cataclísmica. 2 Pedro 3:10 dice: **«los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos serán destruidos con fuego intenso, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas».** Este fuego será como una desintegración atómica, envolviendo todo lo que alguna vez fue creado. Todos los animales, aves, peces, plantas, océanos, lagos, ríos, montañas y valles de la tierra, junto con todos los planetas, estrellas y cuerpos celestes de todo el universo, serán consumidos en este evento.

Dos grupos importantes deben ser considerados con respecto a esta aniquilación total. Dios protege al primer grupo: aquellos creyentes verdaderos que viven sobre la tierra al final del Reino Milenario. A estos, Él los reúne

consigo, resucitándolos a su forma celestial eterna para unirse a los demás santos en el cielo (Ap. 20:5). Pero Dios derrota al segundo grupo: los muchos incrédulos que se unen al ataque de Satanás contra Jerusalén. Su permanencia terrenal ha terminado; su condena eterna está por ejecutarse.

EL JUICIO DEL GRAN TRONO BLANCO

Ahora llegamos al quinto evento de las últimas cosas, el Juicio del *Gran Trono Blanco*. Con el cataclísmico fin del universo, nos encontramos en Apocalipsis 20:11-14. El texto dice así:

Vi un gran trono blanco y a Aquel que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. También vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos. Otro libro fue abierto, que es el libro de la vida, y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras. El mar entregó los muertos que estaban en él, y la Muerte y el Hades entregaron a los muertos que estaban en ellos. Y fueron juzgados, cada uno según sus obras. La Muerte y el Hades fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda: el lago de fuego.

Así pues, vemos la desaparición completa del mundo: todo el universo creado deja de existir. No se puede ver nada excepto un **«gran trono blanco»**, con Dios sentado sobre él. Y de pie frente a Él están todos los pecadores no redimidos de cada tiempo y lugar desde el amanecer de la creación, ahora resucitados a sus cuerpos eternos. En cuanto a la identidad del Juez en el trono, la Biblia enseña que Dios el Padre, junto con el Hijo, juzga a la humanidad. Jesús dijo: **«Pero si Yo juzgo, Mi juicio es verdadero; porque no soy Yo solo, sino Yo y el Padre que me envió»** (Jn. 8:16). Jesús está sentado con Su Padre en el trono del Padre (Ap. 3:21).

Aquí, podemos recordar del capítulo 5, incluso los que no son salvos finalmente son resucitados. En realidad, las Escrituras presentan dos resurrecciones distintas. Todos los santos a lo largo de los siglos (es decir, el Antiguo Testamento, la Iglesia, la Tribulación, el Milenio) participan en lo que se conoce como la **«resurrección de los justos»** (Lc. 14:14) o la **«resurrección de la vida eterna»** (Jn. 5:29). Juan se refiere a ella como la **«primera resurrección»**, diciendo:

Bienaventurado y santo es el que tiene parte en la primera resurrección. La muerte segunda no tiene poder sobre estos sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él por mil años. (Ap 20: 6)

Luego está la «segunda resurrección», conocida como la **«resurrección de juicio»** (Jn. 5:29; Dn. 12:2). Esta es la

resurrección de los incrédulos que Juan incluye en Apocalipsis 20:5, los muertos que **«no volvieron a la vida hasta que se cumplieron los mil años»**. Jesús le revela a Juan que todos los muertos no salvos a lo largo de la historia humana ahora han resucitado. Esto incluye a los **«grandes y pequeños»** (Ap. 20:12), es decir, a aquellos a quienes el mundo consideraba importantes y a aquellos cuyas vidas parecían intrascendentes. Ahora todos ellos están de pie delante de Dios, quien está sentado en Su Gran Trono Blanco. Y se abren los libros, incluyendo el **«libro de la vida»** (Ap. 20:12), que registra los nombres de todos los que pertenecen a Dios por la fe (Dn. 12:1; Lc. 10:20; Ap. 3:5).

Pero, lamentablemente, ninguno de los que ahora están delante de Dios en Su Gran Trono Blanco está incluido en el **«libro de la vida»**. Entonces Dios mira los otros libros delante de Él, que son un registro completo de cada pensamiento, palabra y obra de todos los injustos a lo largo de todos los tiempos, con un juicio que se administrará basado en el mérito de las obras registradas (Ap. 20:13; Lc. 12:47-48). Y aquí está la horrible situación: puesto que ningún pensamiento, palabra o acción puede merecer el favor de Dios aparte de la salvación a través del arrepentimiento y la fe en Su Hijo, nadie que esté delante de Dios será exonerado. Cada persona ante el Gran Trono Blanco descubre que sus «buenas» obras, sin importar cuán beneficiosas y abundantes hayan sido, solo traen condenación. ¿Por qué? Porque ninguno de los que están de pie ante el Trono tiene imputada la justicia de Cristo (Is. 61:10; 2

Co. 5:21; Fil. 3:9), de la cual Jesús habló como el «traje de boda» obligatorio para la vida eterna con Dios (Mt. 22:1-14). Sin esto, prevalece el juicio de Dios de Romanos 3:20. **«Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente [...]»** (Gá. 3:11).

Luego viene el veredicto final en Apocalipsis 20:14-15: **«Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego»**. La «primera muerte» para los incrédulos los confina al infierno, a la espera de su resurrección al concluir el Reino Milenario. La **«muerte segunda»** está ahora sobre ellos, una eternidad transcurrida en el **«lago de fuego»**. Este es el pasaje más alarmante y aterrador de toda la Biblia. Este es el destino de todos los que rechazan a Cristo y la salvación del pecado que Él trae a través del arrepentimiento y la fe en Su expiación sustitutiva.

Pero incluso frente a tan espantosa advertencia de lo que está por venir, todavía hay tiempo para evitar tal sentencia. Nadie que viva hoy en día tiene por qué ser condenado a semejante destino. Todavía hay tiempo para despertar a la verdad del evangelio de Dios, a la redención que Dios ha provisto a través de Su Hijo. El profeta Isaías escribe:

Buscad a Jehová mientras puede ser hallado,
llamadle en tanto que está cercano. Deje el
impío su camino, y el hombre inicuo sus
pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual

tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar. (Is. 55:6-7)

Y en el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo ruega fervientemente a los que aún viven bajo la amenaza del juicio venidero: **«ahora es “EL DÍA DE SALVACIÓN”»** (2 Co. 6:2; Pr. 1:20-23; He. 3:7-8; 4:7).

Jesús dice: **«En verdad les digo: el que oye Mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no viene a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida»** (Jn. 5:24). Esta es la promesa de Dios a todos: si abrazas a Cristo a través del arrepentimiento, recibiendo Su perdón y rindiéndote a Su Señorío, jamás serás condenado, sino que heredarás la vida eterna (cfr. Jn. 3:16-18).

Queda un evento más en nuestra serie de los últimos tiempos: los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva. Esta es la gloriosa y eterna morada de Dios con Sus ángeles y Sus santos redimidos, la cual examinaremos en nuestro capítulo final.

CIELO NUEVO Y TIERRA NUEVA

Esto nos lleva, por fin, al desenlace. El cielo y la tierra han pasado. Toda la creación ha dejado de existir. La muerte, el Hades y Satanás han sido arrojados al Lago de Fuego, junto con todos los no redimidos que han vivido. El mal ha sido vencido permanentemente.

Y así llegamos al evento final en el orden de los últimos tiempos, el *Cielo Nuevo y la Tierra Nueva*. Este es el gran y glorioso final de Dios, que se detalla para nosotros en Apocalipsis 21 y 22. Es aquí donde recibimos un vistazo del cielo tal como será para los creyentes de todos los tiempos. Juan escribe:

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo. Entonces oí una gran voz que decía desde el trono: «El tabernáculo

de Dios está entre los hombres, y Él habitará entre ellos y ellos serán Su pueblo, y Dios mismo estará entre ellos. Él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado». El que está sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas». Y añadió: «Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas».

¿Qué nos muestran estos seis versículos acerca del Cielo Nuevo y la Tierra Nueva? Aquí vemos cinco de sus características:

- 1) una nueva *Creación por Dios*;
- 2) una nueva *Capital para Dios*;
- 3) una nueva *Conexión con Dios*;
- 4) una nueva *Condición de los elegidos de Dios*, y
- 5) una nueva *Confianza en Dios*.

Una Nueva Creación

En primer lugar, hay una nueva *Creación por Dios*. Juan escribe: «**Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe**» (Ap. 21:1). Este versículo establece, más allá de toda duda, que la tierra sobre la cual ahora existimos es temporal. Siempre ha sido un *mundo desechable* para Dios, parte de un universo desechable. No sobrevivirá en su forma actual. Dios ha

establecido Su intención de rehacer los cielos y la tierra. Esto no quiere decir que debamos ser indiscriminados en la forma en que cuidamos los recursos actuales de la tierra. Como en todas las cosas que Dios nos delega, debe ser nuestra intención ser buenos mayordomos de la tierra durante el tiempo que se nos confíe. Debemos cuidarla y usarla bien.

Pero la idea de *preservar* este mundo en su forma actual es inútil y va en contra del plan de Dios. La Biblia presenta un mundo que se está desmoronando, en decadencia y terminando, porque Dios lo maldijo cuando Adán y Eva pecaron (Gn. 5:29). Desde entonces, toda la creación está «**gimiendo**» mientras experimenta una involución y deterioro por causa de la maldición divina del Creador (Ro. 8:18-22). Los procesos que Dios tiene en marcha están conduciendo manifiesta e inalterablemente a un desorden creciente a medida que la Tierra se dirige hacia la extinción. La implicación de Jesús es innegable cuando afirma en Lucas 21:33 que «**el cielo y la tierra pasarán [...]**». Y cuando Aquel que hizo el mundo y lo mantiene unido en cada momento de su existencia (Col. 1:17; He. 1:3) hace tal afirmación, puedes apostar por ella. Por lo tanto, las ambiciones de aquellos que buscan salvar la Tierra en su forma actual están en última instancia en desacuerdo con las determinaciones de Dios acerca de su destino, y sus intentos de rescatarla de una extinción segura son una tontería. Así que consuélate: el futuro ecológico del mundo no está en manos de la humanidad; se dirige a un fin ordenado y dirigido por Dios.

Pero esto nos plantea la inevitable pregunta: ¿por qué el universo tiene que ser destruido y luego rehecho? ¿Por qué tomarse todas esas molestias? ¿Por qué Dios no simplemente remodela el actual?

¿La respuesta? *Porque el presente está corrompido por el pecado.*

El universo no es puro a los ojos de Dios, y puesto que Él en última instancia no puede tolerar *ninguna* impureza (cfr. Sal. 24:4; Hab. 1:13), todo debe ser disuelto y hecho nuevamente. Job 15:15 declara que **«ni los cielos son puros ante Sus ojos»**. Isaías 24:5 dice: **«la tierra es profanada por sus habitantes, porque traspasaron las leyes»**. Por lo tanto, el Salmo 102:25-26 pronuncia la consecuencia de tal contaminación:

Desde la antigüedad Tú fundaste la tierra, y los cielos son la obra de Tus manos. Ellos perecerán, pero Tú permaneces. Todos ellos como una vestidura se desgastarán, como vestido los cambiarás, y serán cambiados.

Una nueva capital

En segundo lugar, vemos una nueva *capital para Dios*. Esta es la **«nueva Jerusalén»**, que Juan describe descendiendo (v. 2) **«del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo»**. Este es el lugar que Abraham anhelaba ver (He. 11:10), la ciudad eterna que se prometió que vendría (13:14). Esta Nueva Jerusalén se convierte en la ciudad capital de la nueva creación de Dios. Se ve descender del cielo, lo que significa que la ciudad existía antes de su descenso. De

hecho, este es el lugar al que Jesús prometió ir y preparar para los Suyos (Jn. 14:1-3), donde los santos fallecidos residen con Él desde el momento de su partida de la tierra hasta su regreso en el glorioso séquito de Cristo en Su segunda venida.

Esta ciudad eterna ahora desciende de su lugar en lo alto al Cielo Nuevo y Tierra Nueva. La metáfora utilizada es la de una novia que viene a encontrarse con su esposo (Mt. 25:1-13; Ef 5:25-27). Todos los santos redimidos de todos los tiempos están ahora con Dios en la Nueva Jerusalén (He. 12:23), y ellos componen la Novia redimida prometida a Cristo por Su Padre antes de la fundación del mundo (Jn. 6:37, 39; Tito 1:2; 2 Ti. 1:9). Dios ahora entrega la Nueva Jerusalén, con todos sus santos, a Su Cielo Nuevo y Tierra Nueva como una Novia para Su Hijo, el amado Novio. Y la Nueva Jerusalén se convierte en la morada de Dios, su nueva capital. El texto dice:

Entonces oí una gran voz que decía desde el trono: «El tabernáculo de Dios está entre los hombres, y Él habitará entre ellos y ellos serán Su pueblo, y Dios mismo estará entre ellos». (Ap. 21:3)

Una nueva conexión

Y así vemos la tercera característica del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra: una *Nueva Conexión con Dios*. En su forma actual en esta tierra, los creyentes tienen comunión con Dios el Padre y con Su Hijo (1 Jn. 1:3).

No solo tienen la presencia permanente de Cristo en todo momento (2 Co. 13:5; Col. 1:27), sino que también el Padre reside en ellos (Jn. 14:23). No solo eso, sino que tienen el Espíritu de Dios morando en ellos (Ro. 8:11), santificándolos momento a momento mientras Él guía sus pensamientos, palabras y obras. En otras palabras, ¡toda la Trinidad está presente dentro de los redimidos de Dios que viven en la tierra! De hecho, esa es la manera más fácil y clara de entender la diferencia entre un cristiano y un no cristiano: un cristiano es *alguien en quien Dios vive*.

Pero los creyentes en este mundo tienen una forma finita y carnal que no les permite contemplar a Dios como realmente es. No llegan a ver a Dios en la plenitud de Su gloria... *todavía*. En Éxodo 33:20, Dios le dice a Moisés: «**No puedes ver mi rostro, porque nadie me puede ver, y vivir**» (cfr. Jue. 13:22). En 1 Timoteo 6:16, Pablo reafirma que Dios es «**el único que tiene inmortalidad y habita en luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver**». La mortalidad actual de todos los seres humanos limita su experiencia de las maravillas de Dios. Sin embargo, todo eso cambia en el Cielo Nuevo y la Tierra Nueva. En ese tiempo, en su forma glorificada, los creyentes verán *la gloria de Dios* (Mt. 5:8; 1 Co. 13:12). Él finalmente morará con Su pueblo en plenitud, lo cual siempre ha sido Su intención (Ez. 37:27; Ap. 21:3). Este es el cumplimiento supremo del nombre de Dios, «**Emmanuel**», que significa «**Dios con nosotros**» (Is. 7:14).

¿Cómo puede ser esto? Esto se debe a que los creyentes habrán cambiado sus cuerpos finitos, pecaminosos y carnales por cuerpos eternos, santos y espirituales. Entonces, la nueva naturaleza eterna *ya otorgada a los creyentes aquí en la tierra* será emparejada con un cuerpo perfeccionado e incapaz de cometer transgresión. En este nuevo, eterno y glorificado estado venidero, los creyentes estarán libres de pecado. De hecho, la Biblia dice que los creyentes redimidos en la gloria serán para siempre incapaces de pecar (Ro. 8:20-21; 2 Pe. 1:4). Serán puros para siempre, así como Jesús es puro (1 Jn. 3:2).

Bien, Jesús dio una declaración acerca de la pureza en Mateo 5:8. ¿Recordamos esta Bienaventuranza? Él dijo: **«Bienaventurados los limpios de corazón, pues ellos verán a Dios»**. Aquellos que son puros de corazón, por primera vez, realmente *verán la gloria de Dios*. En esta tierra, los creyentes nunca alcanzan la pureza. Deben esforzarse por ella, pero se les escapa como resultado de su pecaminosidad innata (Ro. 7:17-19). Pero un día, todo eso cambiará. Los creyentes serán puros y, como resultado, verán a Dios. Esta será una nueva conexión con Dios, una nueva experiencia de Dios. ¡Esa promesa debería hacer que el corazón del creyente se acelere y el espíritu se eleve!

Y algo más en la conexión del creyente con Dios cambiará. En este mundo, la Biblia dice que la sangre de Cristo purifica a los creyentes para que puedan *servir a Dios* (He. 9:14). En el cielo, los creyentes también servirán a Dios. Dice en Apocalipsis 7:15 que los santos

«están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en Su templo». Pero, ¿te das cuenta de que en el Cielo Nuevo y la Tierra Nueva, no solo los creyentes servirán a Dios, sino que *Cristo les servirá a ellos*? ¡Esto también es parte de la nueva Conexión con Dios! Jesús dice en Lucas 12:37:

«Dichosos aquellos siervos a quienes el señor, al venir, halle velando; en verdad les digo que se ceñirá para servir, y los sentará a la mesa, y acercándose, *les servirá*» (énfasis añadido).

Tal promesa es casi demasiado maravillosa para imaginarla: ¡el Salvador del mundo, Dios mismo, sirviendo a los pecadores que Él ha redimido!

Una nueva condición

Cuarto, hay una nueva *Condición de los elegidos de Dios*. Juan escribe:

«Él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado». El que está sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas» (Ap. 21:4-5).

¡La condición del creyente es tan maravillosamente nueva que Juan tiene problemas para caracterizarla! Observemos cómo Juan solo puede describirlo en términos negativos: no más muerte, no más luto, no más llanto, no más dolor. ¡Solo puede informar lo que ve

informando lo que no ve! La visión gozosa que se le da a Juan es tan nueva y gloriosa que no hay una descripción adecuada para ella. Juan no tiene palabras para describir el estado celestial porque está limitado a comunicarse solo con lo que se puede experimentar o imaginar. En otras palabras, Juan está diciendo que este Cielo Nuevo y Tierra Nueva están más allá de nuestra experiencia o imaginación: el lenguaje actual no puede hacer justicia al presentar la imagen.

Todas las cosas serán completamente nuevas para los creyentes: sus cuerpos resucitados (1 Co. 15:53; 1 Jn. 3:2), su morada eterna, todo lo que se pueda experimentar, será *completamente nuevo*. 1 Corintios 15:42-44 dice de los creyentes que aquí sus cuerpos son corruptibles, allí serán incorruptibles. Aquí conocen la deshonra; allí conocerán la gloria. Aquí conocen la debilidad; allí conocerán el poder. Será la felicidad eterna absoluta. Todos experimentarán para siempre un gozo incesante en la presencia de Dios: un júbilo sin medida, sin límites, sin disminución, por los siglos de los siglos.

Una nueva confianza

Quinto, hay una nueva *Confianza en Dios* que los creyentes deben tener *ahora, en el presente*. Jesús dice: **«Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas»** (Ap. 21:5). Esto no quiere decir que alguna porción de las Escrituras no sea confiable y verdadera. Toda la Escritura es **«inspirada por Dios»** (2 Ti. 3:16), y lo que Él dice siempre es perfectamente confiable y

completamente verdadero. Así que podemos estar seguros de que Jesús no está tratando de calificar aquí lo que le acaba de decir a Juan como más confiable o más verdadero que otros pasajes bíblicos. Más bien, Jesús le está dando todas estas revelaciones a Juan y le está ordenando que las escriba para que los creyentes puedan tener una *confianza renovada* en Él. A medida que nos acercamos al final de Su historia, Jesús quiere *revitalizar* la confianza del creyente en Él, asegurarle que Él está guiando todas las cosas de acuerdo con Su perfecta voluntad y en Su perfecto poder (Ef. 1:11).

Luego le dice a Juan: **«Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin»** (Ap. 21:6). Jesús usa la primera y la última letra del alfabeto griego para describirse a Sí mismo. Al hacerlo, Él establece que Él estuvo allí en el principio, recibiendo la promesa de gloria de Su Padre. Y Él está allí al final, asegurando la culminación perfecta de todas las cosas. Él usa este título para expresar el alcance y la finalidad de todo lo que Él ha logrado y todo lo que Él ha revelado, y para afirmar Sus credenciales al decirnos lo que habrá de ser.

La gloria eterna de Dios

Y ahora viene el fin, y es divinamente sublime. Este acto final en la Palabra de Dios es provisto por Pablo en 1 Corintios 15. Jesús, el Novio, ha asumido el gobierno del Reino que le fue entregado por Su Padre. Él ha recibido del Padre a Su Novia de pecadores redimidos, preparada para Él desde antes de la fundación del

mundo (Ef. 1:4; Ap. 13:8; 17:8). Ahora, en un acto de amor recíproco, Jesús devuelve a Su Padre el don de amor que le fue dado. Comenzando en los versículos 24-25, Pablo escribe:

Entonces vendrá el fin, cuando Él entregue el reino al Dios y Padre, después que haya terminado con todo dominio y toda autoridad y poder. Pues Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos Sus enemigos debajo de Sus pies.

Esto es lo que hace Jesucristo al regresar a la Tierra: destruye a Sus enemigos y reina sobre el trono de David en Jerusalén en el Reino Milenario.

Pablo luego continúa:

Y el último enemigo que será eliminado es la muerte. Porque DIOS HA PUESTO TODO EN SUJECCIÓN BAJO SUS PIES. Pero cuando dice que todas las cosas están sujetas a Él, es evidente que se exceptúa a Aquel que ha sometido a Él todas las cosas. (1 Co. 15:26-27).

Esto evoca lo dicho en Mateo 28:18, donde Jesús dice: **«Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra»** (cfr. Jn. 3:35; 5:22). Y luego, en 1 Corintios 15:28 surge una promesa de lo más magnífica:

Y cuando todo haya sido sometido a Él [en otras palabras, a Jesús, el Hijo de Dios], entonces también el Hijo mismo se sujetará a

Aquel que sujetó a Él todas las cosas [es decir, a Dios el Padre], para que Dios sea todo en todos.

Todo comenzó cuando Dios deseaba que Su Hijo recibiera la gloria debida a Su nombre (Jn. 17:5). Y así el Padre se dispuso a redimir a una Novia de pecadores para Su Hijo, una Novia por la cual Él se regocijaría, porque esta Novia rendiría perfecta alabanza al Hijo por toda la eternidad (Is. 62:5). Ahora hemos llegado al final, y vemos que este recapitula el principio: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo disfrutando de una perfecta comunión intertrinitaria. Cristo, a través de Su muerte y resurrección, ha recibido toda la gloria debida a Su nombre (Fil. 2:9-11).

Pero algo se ha añadido a la Trinidad al ir desde el principio hasta el final de la gloriosa historia de Dios: *¡la Esposa redimida de Cristo!* Todos los creyentes de todos los tiempos están ahora allí con la Trinidad en gloria como la Esposa de Cristo, habiendo sido entregada por el Esposo de vuelta al Padre. Los creyentes son para siempre **«[libertados] de la esclavitud de la corrupción»**, habiendo obtenido **«la libertad de la gloria de los hijos de Dios»** (Ro. 8:21). ¡Los creyentes experimentan la verdadera libertad al estar permanentemente unidos con Dios por la eternidad! (Jn. 8:36). Jesús había orado a Su Padre:

Padre, quiero que los que me has dado, estén también conmigo donde Yo estoy, para que

vean Mi gloria, la gloria que me has dado;
porque me has amado desde antes de la
fundación del mundo. (Jn. 17:24)

¡Y aquí, cuando todo se ha completado, encontramos que la oración de Jesús se ha hecho realidad, exactamente como Él la pidió!

Antes de la fundación del mundo, Dios el Padre decidió glorificar a Su Hijo dándole una Novia, que lo ensalzará para siempre por Su gloria. Y en Juan 17:10, en oración a Su Padre, Jesús encapsula este estado final: **«Todos los que son míos te pertenecen, y me los has dado, para que me den gloria»** (NTV). Esta es la conclusión hacia la cual todas las cosas se mueven inexorablemente. Cristo ha de ser glorificado por siempre con la alabanza perfecta de la Esposa que Él ha redimido. Todo esto se hará realidad, tal como Dios lo propuso desde el principio.

Esta es la esperanza de todos los que creen en Jesús: estar con Él, ver Su gloria, y alabar y glorificar eternamente a Dios, Aquel que es Tres en Uno. Este es el destino de todos Sus redimidos: un estado de bienaventuranza eterna; un gozo eterno proveniente de una comunión eterna con un Dios eterno.

«Y él respondió: “Anda, Daniel, porque estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin”».

Daniel 12:9

NOTAS

Introducción

1. Adaptado de John MacArthur, del sermón «Why Every Calvinist Should Be a Pre-Millennialist, Part 1» (Por qué todo calvinista debería ser premilenialista, parte 1), Grace Community Church, Sun Valley, CA, 25 de marzo de 2007.
2. Is. 61:1, 2; Lc. 4:17-22.
3. John MacArthur, del sermón «The Coming Kingdom of Christ, Part 3» (El reino venidero de Cristo, parte 3), Grace Community Church, Sun Valley, CA, 6 de abril de 1980.

Capítulo 1

1. Esta es una de las referencias favoritas de Jesús para sí mismo, como se ve en los Evangelios (Mt. 16:27; 19:28; 26:64; Mr. 2:10; 8:31; Lc. 5:24; Jn. 13:31). Cuando Jesús la utiliza en referencia a sí mismo, sus oyentes habrían sabido que se refería directamente a esta promesa de Daniel, y que se estaba anunciando a sí mismo como el heredero singular de esta extraordinaria herencia. Al usar este término en autorreferencia, Jesús se proclama a sí mismo como Mesías y Rey.

Capítulo 2

2. William D. Barrick, “The Mosaic Covenant” (El pacto mosaico), *TMSJ* 10, n.º 2 (otoño, 1999): 213.
3. William D. Barrick, “Inter-covenantal Truth and Relevance: Leviticus 26 and the Biblical Covenants” (Verdad y relevancia

entre los pactos: Levítico 26 y los pactos bíblicos), *TMSJ* 20, n.º 1 (primavera, 2010): 81-102.

Capítulo 3

1. Isaac Newton, *Observations upon the Prophecies of Daniel, and the Apocalypse of St. John* (Observaciones sobre las profecías de Daniel y el Apocalipsis de San Juan) (J. Darby and T. Browne, 1733).
2. John C. Whitcomb, “Daniel’s Great Seventy-Week Prophecy” (La gran profecía de las setenta semanas de Daniel), *GTJ* (otoño, 1981): 259.
3. Daniel profetiza con un detalle asombroso sobre el reinado de Antíoco IV «Epifanes» (más de trescientos años antes de su cumplimiento!) en Daniel 11:21-35.
4. Véase Harold Hoehner, *Chronological Aspects of the Life of Christ* (Aspectos cronológicos de la vida de Cristo) (Grand Rapids: Zondervan, 1977).
5. Exploramos este tiempo de la Tribulación en el capítulo 6.
6. Michael Rydelnik, Daniel, *The Moody Bible Commentary* (El comentario bíblico Moody) (Chicago: Moody, 2014), 1306.

Capítulo 5

1. *Bema* se utiliza en 2 Co. 5:10 y significa «un escalón» o plataforma elevada utilizada en la antigüedad como tribuna para oradores o estrado judicial (tribunal).

Capítulo 6

1. John MacArthur, *The MacArthur Study Bible* (Biblia de estudio MacArthur), 1970.

2. El testimonio evangélico de los 144,000 durante la Tribulación será secundado por dos testigos especiales, analizados en Apocalipsis 11, y por el testimonio de un ángel volador del que se habla en Apocalipsis 14.
3. Esta «marca de la bestia» es el conocido símbolo «666» (Ap. 13:18).

Capítulo 7

1. John MacArthur, del sermón «Worshipping the Worthy Lamb» (Adorando al Cordero digno), Grace Community Church, Sun Valley, CA, 14 de marzo de 1999.

Capítulo 8

1. Esta sección sobre las siete características del Reino Milenial ha sido adaptada de John MacArthur, de la serie de sermones «The Coming Earthly Kingdom of the Lord Jesus Christ, Parts 1–4» (El venidero reino terrenal del Señor Jesucristo, partes 1-4), predicados en Grace Community Church, Sun Valley, CA, del 9 de octubre al 13 de noviembre de 1994.
2. Estas descripciones de las características políticas, espirituales y físicas del Reino Milenial son de John MacArthur, «The Coming Earthly Kingdom of the Lord Jesus Christ, Part 3» (El venidero reino terrenal del Señor Jesucristo, parte 3), Grace Community Church, Sun Valley, CA, 6 de noviembre de 1994.

SOBRE EL AUTOR

Colin Eakin es cirujano ortopédico en Palo Alto, California, y miembro de Creekside Bible Church (Iglesia Bíblica Creekside), donde enseña en diversas áreas. Es autor de *God's Glorious Story* (*La gloriosa historia de Dios*). Él y su esposa Michelle viven en Menlo Park, California, junto a sus hijos Hunter y Charlotte.

ACERCA DE WITH ALL WISDOM PUBLICATIONS

With All Wisdom Publications es el ministerio de publicación de libros de *Creskide Bible Church* en Cupertino. Comenzamos este ministerio de publicaciones por el sencillo deseo de servir a nuestro cuerpo local con recursos bíblicos sustanciosos para el crecimiento y la madurez espiritual de nuestra gente.

No obstante, también creemos que la publicación de libros, al igual que cualquier otro ministerio cristiano, debe estar ante todo bajo la supervisión y responsabilidad de la iglesia local. Si bien estamos agradecidos y continuaremos apoyando a las muchas y excelentes editoriales tradicionales disponibles hoy en día —nuestras estanterías están llenas de los libros que han producido—, también creemos que el mejor lugar para desarrollar una teología sólida y vivificante, así como instrucción bíblica, es dentro de la iglesia local.

With All Wisdom Publications es también único porque ofrece sus libros a un costo muy bajo. Nos esforzamos por alcanzar la excelencia en nuestra redacción y buscamos brindar un producto de alta calidad a nuestros lectores. Nuestro equipo editorial está compuesto por hombres y mujeres altamente capacitados y excelentes en su

oficio. Dado que podemos evitar los altos costos operativos en los que suelen incurrir las editoriales tradicionales, podemos trasladar ahorros significativos al lector. El resultado es una colección creciente de libros que son sustanciosos, legibles y asequibles.

Para servir mejor a las diversas necesidades espirituales y teológicas del cuerpo de Cristo, hemos desarrollado tres líneas distintas de libros. **Gran Verdad | pequeños libros®** ofrece a los lectores obras accesibles y manejables sobre teología, vida cristiana e importantes temas sociales y eclesiales en un formato fácil de leer y terminar. Nuestra **Serie Equipar** está dirigida a cristianos que desean profundizar más en la doctrina y en los asuntos prácticos de la fe. Nuestra **Serie Fundamentos** es nuestra línea académica, en la que buscamos contribuir a la discusión teológica contemporánea combinando la perspectiva pastoral con una erudición rigurosa.

OTROS TÍTULOS DE
WITH ALL WISDOM PUBLICATIONS

Visítanos en withallwisdom.org para obtener
más información sobre estos recursos

GRAN VERDAD pequeños libros®

Una perspectiva bíblica de las pruebas

Cliff McManis

Lo que la Biblia dice sobre las áreas grises

Cliff McManis

Fe: el don de Dios

Cliff McManis

The Problem of Evil

Cliff McManis

Lo que la Biblia dice sobre el gobierno

Cliff McManis

God Defines and Defends Marriage

Cliff McManis

Protegiendo al rebaño: La prioridad de la membresía de la iglesia

Cliff McManis

Educating Your Child: Public, Private, or Homeschool?
A Biblical Perspective
Cliff McManis

Lo que la Biblia dice sobre la depresión
Cliff McManis

Lo que la Biblia dice sobre la confrontación
Cliff McManis

Fellowship with God:
A Guide to Bible Reading, Meditation, and Prayer
Derek Brown

Lo que la Biblia dice sobre la hospitalidad
Cliff McManis

The Danger of Hypocrisy:
Coming to Grips with Jesus' Most Damning Sermon
J.R. Cuevas

La gran comisión de Salomón:
Una teología de la vida terrenal
Derek Brown

Lo que la Biblia dice sobre el futuro
Colin Eakin

SERIE EQUIPAR

Una iglesia bíblica:
Cómo Jesús edifica Su cuerpo
Cliff McManis

*God's Glorious Story:
The Truth of What It's All About*
Colin Eakin

*Strong and Courageous:
The Character and Calling of Mature Manhood*
Derek Brown

*The Gospel, the Church, and Homosexuality:
How the Gospel is Still the Power of God
for Redemption and Transformation*
Edited by Michael Sanelli and Derek Brown

Skillfully Surveying the Scriptures, Vol. 1: Genesis through Esther
J.R. Cuevas

Beware of Dogs: Exposing Error in the Modern Church
Colin Eakin

FUNDAMENTOS

Apologetics by the Book
Cliff McManis

